

LA ISLA DEL TESORO



de Robert L. Stevenson

Adaptación de Andrea Braverman

**SANTILLANA y los autores
ceden los derechos de la reproducción parcial
de la obra en el marco de
la cuarentena por el Coronavirus.**

Libro de distribución gratuita. Prohibida su venta



MIS LIBROS
DE SEXTO



SANTILLANA



MIS LIBROS
DE SEXTO



LA ISLA DEL TESORO

de Robert L. Stevenson

Adaptación de Andrea Braverman



La novela *La isla del tesoro* se entrega gratuitamente con *El libro de 6.° Prácticas del lenguaje* y no puede ser vendida por separado.

El libro de 6.° Prácticas del lenguaje es un proyecto realizado por el siguiente equipo:

Coordinación pedagógica: Cinthia Kuperman

Lectura crítica: Mirta Torres

Asesoría literaria: María Elena Cuter

Edición: Andrea Braverman y Daniela Fernández

Corrección: Martín Vittón

Jefa de edición: Sandra Bianchi

Diagramación: Lorena Selvanovich

Ilustraciones: Horacio Gatto

Jefa de arte: Silvina Gretel Espil

Stevenson, Robert Louis

La isla del tesoro / Robert Louis Stevenson ; adaptado por Andrea Braverman. - 1a ed. 10a reimp. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2020.

96 p. ; 20 x 14 cm. - (El libro de)

ISBN 978-950-46-5000-3

1. Narrativa Juvenil Inglesa. 2. Novelas de Aventuras. I. Braverman, Andrea, adap. II. Título.
CDD 823.9283

Obra Completa 978-950-46-4998-4

© 2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP),

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

ISBN: 978-950-46-5000-3

ISBN de obra completa: 978-950-46-4998-4

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2016.

Décima reimpresión: enero de 2020.

Todos los derechos reservados.

Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente en ninguna forma, ni por ningún medio o procedimiento, sea reprográfico, fotocopia, microfilmación, mimeógrafo o cualquier otro sistema mecánico, fotoquímico, electrónico, informático, magnético, electroóptico, etcétera. Cualquier reproducción sin permiso de la editorial viola derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.

ÍNDICE

PARTE I. EL VIEJO BUCANERO

CAPÍTULO 1. EL VIEJO LOBO DE MAR EN LA POSADA EL ALMIRANTE BENBOW	5
CAPÍTULO 2. PERRO NEGRO APARECE Y DESAPARECE	7
CAPÍTULO 3. LA MANCHA NEGRA	10
CAPÍTULO 4. EL COFRE	14
CAPÍTULO 5. EL FIN DEL CIEGO	17
CAPÍTULO 6. LOS PAPELES DEL CAPITÁN	21

PARTE II. EL COCINERO DE A BORDO

CAPÍTULO 7. VIAJO A BRISTOL.....	25
CAPÍTULO 8. EN LA TABERNA EL CATALEJO	27
CAPÍTULO 9. PÓLVORA Y ARMAS	30
CAPÍTULO 10. EL VIAJE.....	33
CAPÍTULO 11. LO QUE OÍ DESDE EL BARRIL	36
CAPÍTULO 12. CONSEJO DE GUERRA	39

PARTE III. MI AVENTURA EN LA ISLA

CAPÍTULO 13. CÓMO COMENZÓ LA AVENTURA	43
CAPÍTULO 14. EL PRIMER GOLPE	46
CAPÍTULO 15. EL HOMBRE DE LA ISLA.....	49

PARTE IV. EL FORTÍN

CAPÍTULO 16. EL DOCTOR CONTINÚA LA NARRACIÓN: CÓMO FUE ABANDONADO EL BARCO.....	53
CAPÍTULO 17. EL DOCTOR CONTINÚA LA NARRACIÓN: EL ÚLTIMO VIAJE EN BOTE.....	56
CAPÍTULO 18. EL DOCTOR CONTINÚA LA NARRACIÓN: EL FINAL DEL PRIMER DÍA DE LUCHA	58

CAPÍTULO 19. JIM HAWKINS RETOMA LA NARRACIÓN: LA GENTE DEL FORTÍN.....	60
CAPÍTULO 20. LA PROPUESTA DE SILVER.....	63
CAPÍTULO 21. EL ATAQUE.....	66

PARTE V. MI AVENTURA EN EL MAR

CAPÍTULO 22. CÓMO EMPEZÓ MI AVENTURA EN EL MAR.....	69
CAPÍTULO 23. CÓMO ARRIÉ LA BANDERA PIRATA.....	72
CAPÍTULO 24. ISRAEL HANDS	76
CAPÍTULO 25. PIEZAS DE A OCHO	78

PARTE VI. EL CAPITÁN SILVER

CAPÍTULO 26. EN EL CAMPO ENEMIGO.....	81
CAPÍTULO 27. DE NUEVO LA MANCHA NEGRA.....	83
CAPÍTULO 28. PALABRA DE HONOR.....	86
CAPÍTULO 29. LA BÚSQUEDA DEL TESORO: LA PISTA DE FLINT	88
CAPÍTULO 30. EL FINAL	90

PARTE I

El viejo bucanero

1. El viejo lobo de mar en la posada El Almirante Benbow

El señor Trelawney, el doctor Livesey y muchos otros caballeros me pidieron que escribiera todo lo que pasó en la Isla del Tesoro. Lo haré, entonces, desde el principio hasta el final, pero no revelaré la ubicación de la isla, porque estoy seguro de que allí todavía queda una parte del tesoro. Tomo, por lo tanto, la pluma en el año 17... y vuelvo a la época en que mi papá, dueño de la posada El Almirante Benbow, hospedó a un viejo marinero de piel curtida por el sol, con la cicatriz de una herida de sable.

Lo recuerdo como si fuera ayer cuando lo vi llegar caminando despacio hasta la puerta de la posada. En una carretilla, arrastraba su cofre de marinero. Era un hombre alto, fuerte, rudo, moreno; su pelo atado caía sobre los hombros de un tapado azul lleno de manchas; tenía callos y cicatrices en las manos.

Todavía me parece verlo observando la entrada mientras canturreaba una vieja canción de marineros que luego escucharíamos con frecuencia: “Sobre el cofre del muerto, quince hombres son. ¡Ah, ja, ja, y la botella de ron!”. Luego tocó la puerta con un pequeño bastón, y cuando mi papá abrió, le pidió de mal modo un vaso de ron y lo saboreó muy despacio.

—Esta es una buena enseada —dijo por fin—, y su posada está bien ubicada. ¿Tiene muchos clientes, amigo?

Mi papá le dijo que, lamentablemente, no teníamos muchos clientes.

—Entonces, aquí me quedaré. Soy un hombre sencillo, todo lo que necesito es ron, huevos, panceta y un mirador para observar los barcos que se acercan. ¿Quieren saber cómo llamarme? Pueden decirme “capitán”.

No era un hombre muy conversador. Se pasaba los días alrededor de la ensenada o sobre los acantilados con un telescopio de metal. Al atardecer, se acomodaba en un rincón de la taberna, cerca del fuego, y bebía ron fuerte y agua. Pronto, tanto nosotros como la gente que venía a la posada aprendimos a no molestarlo. Cada día, al volver de su paseo, preguntaba si había llegado algún marinero. Al principio creíamos que extrañaba a sus compañeros, pero luego nos dimos cuenta de que en realidad quería evitarlos. Un día me ofreció pagarme cuatro peniques por mes para que vigilara y le avisara si aparecía un “marinero con una sola pierna”.

Ni hace falta decir que pensar en el marinero rengo me producía pesadillas. Pero, a pesar de eso, yo no le tenía tanto miedo al capitán como las personas que lo conocían. Lo que más aterrorizaba a la gente eran sus historias de ahorcados, ahogados, tormentas en alta mar y salvajes aventuras en las costas del Caribe.

Solo una vez alguien se animó a enfrentarlo. Mi papá estaba ya muy enfermo, a punto de morir, y el doctor Livesey llegó una tarde a la posada para examinarlo. Después de una cena liviana que le ofreció mi mamá, el doctor se sentó en el salón a fumar su pipa. Recuerdo la diferencia entre ese elegante y pulcro doctor, de cabellera blanca como la nieve, y nuestro pirata sucio y andrajoso, recostado sobre la mesa,

borracho y con la mirada perdida. De pronto, el capitán empezó a cantar su vieja canción sobre el cofre del muerto y la botella de ron. El doctor Livesey lo miró con desprecio y siguió charlando con el viejo jardinero Taylor sobre un remedio nuevo para el reuma.

El capitán lo observó furioso durante un rato hasta que golpeó la mesa y gritó:

–¡Silencio!

–¿Me está hablando a mí? –preguntó el doctor–. Le diré algo: si usted no deja de beber ron, en el mundo pronto habrá un canalla menos.

La furia del capitán fue terrible. Se puso de pie y amenazó al doctor con una navaja.

–Si no guarda esa navaja en el bolsillo en este mismo momento –le dijo el doctor con calma–, lo denunciaré ante el Tribunal. Le aseguro que lo vigilaré de día y de noche. Además de médico, soy magistrado. Así que si recibo la queja más insignificante sobre usted, me encargaré de que lo echen de este distrito.

Poco después, el doctor Livesey se marchó. Sorprendentemente, el capitán se mantuvo tranquilo esa noche y también las siguientes.

2. Perro Negro aparece y desaparece

No había pasado mucho tiempo cuando sucedió el primero de los acontecimientos misteriosos que nos iban a liberar por fin del capitán, aunque no de sus asuntos, como ustedes podrán ver después. Era un invierno muy frío, con fuertes heladas y terribles tormentas. Mi papá, pobrecito,

estaba cada vez peor, y tenía pocas posibilidades de sobrevivir para ver la primavera.

Una fría mañana de enero, el capitán se levantó mucho más temprano que de costumbre y caminó hacia la playa, con un sable y su telescopio de metal bajo el brazo.

Mi mamá estaba en su habitación, cuidando a mi papá, y yo preparaba la mesa para que el capitán desayunara a su regreso. De repente, se abrió la puerta del salón y entró un hombre que nunca había visto antes. Era pálido, grasiento y le faltaban dos dedos en la mano izquierda. No parecía un marinero.

–¿La mesa que estás preparando es para mi amigo Bill? –preguntó con una sonrisa maliciosa.

–No sé quién es Bill –le contesté–. Esta mesa es para un huésped de la posada al que llamamos capitán.

–Ese es mi amigo –replicó–. ¿Está en su cuarto?

Le dije que se había ido a dar un paseo.

–¡Ay, qué contento se pondrá cuando me vea!

Yo tenía razones para pensar que estaba equivocado. Pero, después de todo, no era asunto mío. El recién llegado se quedó en el umbral de la puerta de la posada, mirando de reojo hacia la esquina, como un gato que quiere cazar a un ratón. Se me ocurrió salir a la calle, pero me gritó que entrara de inmediato. Como no le hice caso enseguida, su cara cambió por completo; me ordenó entrar y dijo tantas malas palabras que me asusté. Apenas entré, se calmó.

–Un chico debe aprender a hacer caso. Ahora, tú y yo nos esconderemos detrás de la puerta del salón, muchachito. Allí viene el viejo Bill. Le daremos una pequeña sorpresa.

Como se imaginarán, yo estaba inquieto y preocupado, y más temor sentí cuando me di cuenta de que el hombre

también estaba asustado. Empuñó su sable y tragó saliva como si tuviera un nudo en la garganta. Cuando por fin el capitán abrió la puerta, el hombre pronunció una sola palabra tratando de parecer valiente:

–¡Bill!

El capitán se puso pálido. Parecía haber visto un fantasma.

–¡Perro Negro! –dijo sofocado.

–¿Quién otro podía ser? ¡Ay, Bill, cuántas cosas hemos vivido juntos!

–Bien –dijo el capitán–, lograste encontrarme... Habla, entonces. ¿Qué quieres?

–El mismo Bill de siempre –respondió Perro Negro–. Tienes razón. Este buen chico nos servirá ron y nos sentaremos a conversar como buenos amigos.

Cuando volví con el ron, ya se habían sentado en el salón. Perro Negro me ordenó que me fuera y dejase la puerta abierta.

–Ni se te ocurra espiar por la cerradura, muchacho –me advirtió.

A pesar de la advertencia, durante un buen rato, hice todo lo que pude para escuchar lo que decían, pero solo se oían murmullos. De golpe, estalló una tremenda explosión de malas palabras y otros ruidos. Sillas y mesas cayeron al suelo, y luego se escuchó el choque de los sables y un grito de dolor. En ese instante vi huir a Perro Negro a toda velocidad, con una herida en el hombro. El capitán salió detrás de él, y lo habría matado si no se le hubiera trabado el sable en el cartel de nuestra posada. Aún hoy se puede ver la marca debajo de las letras.

Con ese golpe terminó el enfrentamiento. El capitán se quedó mirando el cartel como atontado. Después se frotó los ojos varias veces y entró tambaleante.

–¿Está herido? –le pregunté.

–¡Quiero ron! –me dijo–. Me tengo que ir. ¡Ron, ron!

Corrí a servirle el ron, pero yo estaba tan nervioso que rompí un vaso y no lograba abrir la canilla. En eso, escuché un golpe en el salón, como si un cuerpo se hubiera desplomado en el piso. Salí corriendo y me encontré con el capitán desmayado en el suelo. Al mismo tiempo bajó mi mamá, y entre los dos levantamos la cabeza del capitán. Le costaba respirar, tenía los ojos cerrados y una terrible palidez. Fue para nosotros un gran alivio cuando la puerta se abrió y vimos al doctor Livesey, que venía a visitar a mi papá.

–¡Oh, doctor! –exclamamos–. ¿Qué podemos hacer? ¿Dónde estará la herida?

–¿Herida? –dijo el doctor–. Este hombre no está herido. Acaba de tener un derrame cerebral, tal como le dije que sucedería si seguía tomando ron.

Cuando el capitán reaccionó, el doctor y yo logramos subirlo por las escaleras y acostarlo en la cama. Apenas cerró la puerta del cuarto, el doctor me dijo:

–No fue tan grave esta vez, será mejor que se quede en la cama una semana. Pero si el ataque se repite, es hombre muerto.

3. La mancha negra

Al mediodía, fui al cuarto del capitán con agua fresca y remedios. Lo encontré casi en la misma posición en que lo habíamos dejado, aunque parecía más débil y nervioso.

–¿Cuánto tiempo dijo el doctor que tenía que quedarme en cama? –me preguntó.

–Por lo menos una semana.

–¡Es imposible! –gritó–. Para entonces ya habrán logrado enviarme la mancha negra. Ahora mismo esos tipos deben de estar buscándome. Si no logro escapar, y recibo la mancha negra, no olvides que ellos buscan mi cofre. Entonces, irás a caballo hasta la casa de ese doctor fanfarrón y le dirás que reúna a los magistrados y todo ese tipo de gente, y que atrapen a toda la tripulación de Flint, desde los marineros hasta los grumetes, que van a estar en El Almirante Benbow. Yo fui el primer oficial del capitán Flint, y soy el único que conoce el lugar. Me lo reveló en Savannah antes de morir, como yo ahora. ¿Entendiste? Pero tú no dirás una palabra, a menos que logren enviarme la mancha negra o veas a Perro Negro o al marinero de una sola pierna.

–Pero ¿qué es la mancha negra, capitán? –pregunté.

–Una advertencia, compañero –me contestó–. Si la recibes, te explicaré. Ahora, vigila bien y te prometo que te daré la mitad de mi botín.

Siguió delirando un rato hasta que se durmió. Si las cosas hubieran salido bien, probablemente yo le habría contado todo al doctor, porque tenía mucho miedo de que el capitán se arrepintiera de haber hablado conmigo y tratara de lastimarme. Pero esa misma noche mi pobre papá murió, y eso hizo que me olvidara de todo lo demás. El dolor que sentíamos, las visitas de los vecinos, el entierro y el trabajo en la posada me mantuvieron tan ocupado que no tuve tiempo de pensar en el capitán y mucho menos de tenerle miedo.

A la mañana siguiente, el capitán bajó al salón y comió lo mismo de siempre. En cambio, tomó más ron que nunca, ya que se servía él mismo, sin que nadie se animara a

impedírselo. Aunque estaba débil, seguía dándonos mucho miedo. Parecía sentirse cada vez peor y no me dirigía la palabra; en realidad, creo que se había olvidado de lo que me había contado.

Todo siguió igual hasta el día siguiente al entierro. A eso de las tres de la tarde, yo estaba parado en la puerta recordando con tristeza a mi papá, cuando vi que alguien se acercaba. Sin dudas, era un hombre ciego, porque se ayudaba con un bastón y tenía una venda verde en los ojos. Caminaba encorvado y se cubría con una capa de marinero vieja y rota. Nunca había visto a alguien tan horrible. Se detuvo cerca de la posada y dijo:

–¿Habrà alguna buena persona que le diga a este pobre ciego en qué parte de Inglaterra se encuentra?

–Está frente a la posada El Almirante Benbow –le respondí–, en la ensenada de la Colina Negra.

–Por su voz, supongo que eres jovencito –me dijo él–. ¿Podrías darme tu mano y llevarme adentro, niño?

Apenas le di la mano ese hombre espantoso la apretó con todas sus fuerzas. Me asusté tanto que traté de soltarme, pero me arrastró hacia él.

–Ahora, muchacho, llévame ante el capitán. ¡Vamos, en marcha! Cuando lo veas, gritarás: “¡Bill, llegó un amigo suyo!”.

Apenas abrí la puerta del salón, grité asustado esas palabras. El pobre capitán levantó los ojos y trató de ponerse de pie, pero creo que ya no tenía fuerza para hacerlo.

–No te muevas, Bill –dijo el mendigo–. No puedo ver pero sí oír hasta el mínimo movimiento de tus dedos. Negocios son negocios. Extiende tu brazo izquierdo, y tú, muchacho, toma su mano por la muñeca y acércala para que pueda estrecharla.



La Dolorosa Agencia

Ambos obedecimos al pie de la letra, y el ciego le dio algo al capitán.

–¡Ya está hecho! –dijo el ciego mientras me soltaba bruscamente y con mucha destreza salía de la posada.

Pasó un buen rato antes de que el capitán y yo pudiéramos recuperarnos, pero apenas miró lo que tenía en la palma de la mano, se puso de pie.

–¡A las diez! –exclamó–. ¡Todavía tenemos tiempo!

Enseguida se tambaleó, se puso las manos en la garganta y, emitiendo un sonido extraño, se desplomó en el suelo.

Me agaché junto a él y llamé a mi mamá a los gritos. Pero el apuro ya no tenía sentido. El capitán había muerto. Y aunque jamás me había caído bien, lo extraño es que al verlo así me puse a llorar. Era la segunda muerte en poco tiempo, y el dolor por la primera todavía me estrujaba el corazón.

4. El cofre

Le conté a mi mamá todo lo que sabía, ya que ahora estábamos en una situación peligrosa y difícil al mismo tiempo. Una parte del botín del capitán era nuestra –si es que en realidad tenía algo–, pero no creíamos que sus extraños compañeros aceptaran pagar la deuda por la estadía en nuestra posada. No quería montar el caballo e ir buscar al doctor Livesey como el capitán me había pedido, porque para eso tenía que dejar sola y desprotegida a mi mamá. Lo cierto es que no podíamos quedarnos mucho tiempo en la casa; el simple ruido de las brasas en la chimenea o el tictac del reloj de pared nos hacían temblar de miedo. Teníamos que hacer algo rápido, así que fuimos juntos a pedir ayuda a una aldea cercana.

Nunca olvidaré el alivio que sentí al ver luces en las ventanas. Sin embargo, ese alivio fue la única ayuda que pudimos conseguir. Nadie quiso acompañarnos de vuelta a la posada. Aunque yo no había oído hablar del capitán Flint hasta ese momento, muchos campesinos de la aldea lo conocían y le tenían miedo.

Dicen que la cobardía es contagiosa, pero que un buen discurso puede envalentonar. Así que después de escuchar a todo el mundo, mi mamá declaró que no pensaba perder el dinero que pertenecía a su hijo huérfano.

–Si ninguno de ustedes quiere ayudarnos, Jim y yo volveremos a la posada y abriremos ese cofre cueste lo que fuere y nos quedaremos con el dinero que legalmente nos pertenece.

Todos dijeron que era una locura, pero nadie se atrevió a acompañarnos. Lo único que hicieron fue ofrecernos un arma y caballos ensillados, y un muchacho salió a buscar al doctor para pedirle ayuda.

Mi corazón latía con fuerza cuando salimos en medio de la noche destemplada para afrontar esa terrible y peligrosa aventura. Cuando logramos llegar a la posada, cerré la puerta con llave y por un instante nos quedamos en medio de la oscuridad, agitados, sin más compañía que la del cuerpo del capitán.

–Cierra las cortinas, Jim –susurró mi mamá–. Tenemos que encontrar la llave.

Me arrodillé junto al capitán y cerca de su mano encontré un pequeño círculo de papel, ennegrecido de un lado. Sin dudas era la mancha negra. Lo levanté y al dorso leí este mensaje: “Tienes tiempo hasta las diez de la noche”.

–Le habían dado plazo hasta las diez, mamá.

–Recién son las seis, Jim –dijo mi mamá–. Hay tiempo.
¡Busca la llave!

Busqué en sus bolsillos, pero no encontré nada. Un poco impresionado, abrí su camisa y vi la llave colgada de su cuello. Este descubrimiento nos dio esperanza y corrimos a la habitación del capitán a buscar el cofre.

Aunque la cerradura estaba oxidada, mi mamá logró abrirla y levantó la tapa. Lo primero que encontramos fue un traje nuevo doblado con cuidado, una brújula, una tacita, dos paquetes de tabaco, un par de pistolas, un trozo de lingote de plata, un antiguo reloj español y algunas joyas de poco valor. Nada de eso servía demasiado. Con impaciencia, mi mamá levantó una vieja capa de marinero y allí había unos papeles envueltos en tela y una bolsa con monedas de oro.

–Yo les demostraré a esos bandidos que soy una mujer honrada –dijo mi mamá mientras contaba el dinero–. Solo tomaré lo que nos debe. Ni un solo penique más.

De pronto, le hice señas a mi mamá para que no hiciera ruido, porque acababa de escuchar un sonido que me dejó helado: los golpecitos del bastón del ciego en la calle. Cuando llegó a la puerta, golpeó fuerte y luego trató de abrir. Hubo un silencio largo y angustiante, hasta que comenzamos a escuchar que se alejaba.

–Mamá –dije–, tomemos todo y huyamos.

Estaba seguro de que la puerta cerrada con llave iba a despertar las sospechas de ese hombre y volvería con los demás. No obstante, mi mamá, a pesar del miedo, no quería tomar ni un penique de más pero tampoco ni uno menos.

–Ni siquiera son las siete –dijo.

Discutimos sobre el tema hasta que escuchamos que alguien silbaba en la colina. Eso fue suficiente para nosotros.

–Llevaremos lo que pude contar –dijo mi mamá.

–Y esto cubrirá la deuda –dije yo mientras guardaba los papeles envueltos en tela.

Un instante después salimos de la posada. La niebla se disipaba y la luna iluminaba las cumbres de las colinas. A lo lejos, escuchamos pasos apresurados, y cuando nos dimos vuelta vimos una luz que oscilaba de un lado a otro y avanzaba con rapidez. Eso significaba que uno de los hombres llevaba una linterna.

–Hijo mío –dijo mi madre–, toma el dinero y huye porque siento que voy a desmayarme.

Pensé que todo había terminado. Por suerte, habíamos llegado hasta el pequeño puente y logré ocultarme debajo con mi mamá ya desvanecida. Estábamos tan cerca de la posada que podía oír todo lo que pasaba.

5. El fin del ciego

Mi curiosidad fue más fuerte que el miedo. Me acerqué a la posada y me escondí detrás de un arbusto, frente a la puerta. Nuestros enemigos comenzaron a llegar; eran siete u ocho que corrían detrás del hombre de la linterna.

–¡Tiren la puerta abajo! –gritó el ciego.

–¡Sí, señor! –contestaron dos o tres.

Cuando empujaron la puerta, los vi detenerse y hablar en voz baja, parecían desconcertados porque estaba sin llave.

–¡Adentro, qué esperan! –les gritó el ciego, enojado por la tardanza.

Cuatro o cinco obedecieron, mientras que otros dos se quedaron en la calle con el ciego. Tras una breve pausa, una voz gritó desde el interior: “¡Bill murió!”.

Sin paciencia, el ciego los insultó por su lentitud y les ordenó que registraran al muerto y que buscaran el cofre. Desde mi escondite escuché cómo subían corriendo las escaleras y luego gritos de asombro. Alguien abrió de par en par la ventana del cuarto del capitán y rompió los vidrios.

–Han llegado antes que nosotros, Pew. Alguien abrió el cofre.

–¿Está ahí? –preguntó el ciego.

–El dinero sí –contestó el de arriba.

–¡Hablo del manuscrito de Flint!

–Acá no está y Bill tampoco lo tenía encima –respondió el hombre.

–Seguro lo tiene ese muchachito –se enfureció el ciego–. Hasta hace un rato la puerta estaba cerrada con llave... ¡Busquen en todos los rincones!

Se armó un gran alboroto en nuestra vieja posada: corrieron por todas partes, tiraron muebles al suelo, destrozaron puertas a patadas, y luego comenzaron a salir uno detrás de otro para avisar que no nos habían encontrado. En eso se oyó un par de silbidos.

–Dirk silbó dos veces –dijo uno–. ¡Tenemos que irnos, compañeros!

El ciego se negó.

–Hay mucho dinero en juego y todos ustedes podrían ser tan ricos como reyes si lo encontramos. Nadie se animó a enfrentar a Bill, pero yo lo hice... ¡Un ciego!

–Basta, Pew, ya tenemos las monedas –gruñó uno.

–No hay dudas de que se llevaron el manuscrito –dijo otro–. Agarra las monedas, Pew, y no chilles más.

El ciego se puso furioso y comenzó a golpear a sus cómplices con el bastón. Esta pelea fue nuestra salvación, porque mientras todos esquivaban los bastonazos llegó otro



Municipio de
La Matanza

La Matanza  de La Manzanilla



sonido de las colinas: el galope de caballos. Los hombres se dispersaron. Algunos corrieron hacia el mar, otros a la ensenada, otros a la colina. Por el pánico o por venganza, nadie se acordó de Pew, que quedó solo, golpeando con su bastón al aire y gritando. Al final, desorientado, corrió hacia la aldea y terminó bajo los cascos del caballo que venía adelante. El jinete trató de esquivarlo pero no pudo. El ciego cayó a un costado del camino y no volvió a moverse.

Yo me paré y corrí hacia los jinetes. Uno de ellos era el muchacho que había ido a buscar al doctor Livesey. En el camino se había encontrado con un grupo de inspectores del puerto y les rogó que lo acompañaran hasta la posada. El inspector Dance se había enterado de la presencia de una extraña embarcación de vela en un lugar llamado Agujero de Kitt y decidió patrullar esa noche la costa. Gracias a eso, mi mamá y yo nos habíamos salvado.

Pew había muerto. En cuanto a mi mamá, la llevamos a la aldea y recobró el conocimiento.

No pueden imaginarse cómo encontré la posada cuando regresé con el inspector Dance. Estaba destruida. Aunque solo se habían llevado el dinero del capitán y algunas monedas de nuestra caja, me di cuenta enseguida de que estábamos arruinados.

–¿Qué buscaban aquí si ya tenían el dinero? ¿Más dinero, tal vez? –me preguntó el inspector Dance.

–No, señor, creo que buscaban algo que tengo en mi bolsillo, y quisiera dejarlo en un lugar seguro.

–Yo puedo guardarlo, si quieres...

–Pensé que tal vez el doctor Livesey...

–¡Tienes razón! –me interrumpió con amabilidad–. Él es doctor y magistrado. Y ahora que lo pienso, debo ir a su casa y avisarle que Pew murió, así que puedes venir conmigo.

Le di las gracias y caminamos hacia la aldea, donde nos esperaban los caballos. Cuando terminé de contarle a mi mamá lo que iba a hacer, ya todos los hombres habían montado.

–Dogger –dijo el señor Dance–, tu caballo es el más fuerte. Lleva al muchacho contigo.

Apenas monté, el inspector dio la orden de partir, y al trote nos dirigimos a la casa del doctor Livesey.

6. Los papeles del capitán

Cuando tocamos la puerta del doctor, la criada nos dijo que se había ido a cenar a la hacienda del señor Trelawney.

–Vamos allá, muchachos –dijo el inspector.

Apenas llegamos, un criado nos guio por un pasillo afombrado hasta la gran biblioteca, llena de estanterías y bustos de todos los tamaños. Allí encontramos al señor Trelawney y al doctor Livesey, conversando frente al fuego de la chimenea.

–Buenas noches, Dance –dijo el doctor–. ¿Qué hace aquí junto a mi amigo Jim?

El inspector les detalló a ambos lo que había sucedido, como un estudiante que rinde un examen. Mientras Dance hablaba, el señor Trelawney caminaba de un lado a otro, y el doctor, como si eso lo ayudara a oír mejor la historia, se había quitado la peluca y parecía un extraño con la cabeza rapada.

–Parece, Jim, que tienes algo que esos malvados buscan –reflexionó el doctor cuando Dance terminó el relato.

–Aquí está –dije mientras le entregaba los papeles envueltos en tela.

El doctor examinó el paquete, como si sus dedos estuvieran impacientes por abrirlo; pero, en vez de eso, lo guardó en el bolsillo.

–El señor Dance debe continuar vigilando el puerto, y es mejor que Jim se quede esta noche en mi casa –dijo el doctor–. Señor Trelawney, ¿podría servirle al jovencito una porción de tarta para que cene?

–Me parece que el pequeño Hawkins se ha ganado algo más que una porción de tarta –respondió Trelawney.

Enseguida me trajeron un enorme y sabroso pedazo de pastel de pollo y me lo sirvieron en una mesita ratona. Y yo me senté a comer con un hambre feroz, mientras el inspector Dance recibía muchas felicitaciones por su valentía y se marchaba.

–Señor... –dijo el doctor–. Supongo que escuchó hablar de ese tal Flint...

–¡Claro que escuché hablar de él! –exclamó Trelawney–. ¡Fue el pirata más sanguinario que haya cruzado el océano! Barbanegra era un niño bueno comparado con él. Los españoles le tenían terror.

–Yo también oí hablar de él –dijo el doctor–. Pero lo que me gustaría saber es si tenía dinero.

–¿Si tenía dinero? –exclamó el señor Trelawney–. ¿No escuchó lo que pasó? ¿Qué cree usted que buscaban esos bandidos?

–Supongamos que lo que tengo en el bolsillo es el mapa para llegar a un tesoro que Flint ha escondido... ¿Cree que valdría mucho ese tesoro?

–¿Si valdría mucho? Le diré lo siguiente: si tenemos ese mapa del que habla, prepararé un barco para zarpar desde el puerto de Bristol, y usted y el pequeño Jim vendrán conmigo. Créame que encontraremos ese tesoro aunque tengamos que buscarlo un año entero.

–Muy bien –dijo el doctor–. Y ahora, si Jim está de acuerdo, abriré el paquete.

El envoltorio estaba cosido, y el doctor tuvo que usar sus tijeras quirúrgicas para cortar los hilos. Al abrirlo, vimos dos cosas: un cuaderno y un sobre sellado.

En la primera página del cuaderno solo había palabras sueltas, garabatos, y las siguientes parecían un libro de contabilidad, con curiosas anotaciones sobre sumas de dinero durante más de veinte años. El sobre tenía un sello que el doctor despegó con mucho cuidado. Adentro había un mapa de una isla. Figuraban datos como su latitud y longitud, exploraciones, nombres de montañas, bahías y ensenadas, y todos los detalles necesarios para llegar en barco hasta sus costas. Sobre una de las montañas estaba escrito “Catalejo”, y había tres cruces dibujadas con tinta roja: dos en el norte de la isla y una al sudoeste. Junto a esta última, se leían las siguientes palabras: “La mayor parte del tesoro está acá”.

En el dorso del mapa encontramos más información escrita a mano: “Árbol alto, al pie del Catalejo. En dirección NNE un cuarto al norte. El Islote del Esqueleto ESE y un cuarto al este. Diez pies. El lingote de plata está en el escondite del norte, se llega por la colina del este. Diez brazadas hacia el sur de la piedra negra que tiene una cara. Hay armas en la colina de arena. Punta N del cabo al norte de la ensenada. En dirección al este y un cuarto hacia el norte”.

Esto era todo; pero, aunque era tan breve e incomprensible para mí, llenó de alegría al señor Trelawney y al doctor.

–Livesey –dijo Trelawney–, dejará de inmediato ese triste trabajo de médico que tiene aquí. Mañana salgo para Bristol. En tres semanas... ¡No! Mejor dicho, en dos sema-

nas, tendremos el mejor barco y la tripulación más selecta de Inglaterra. El muchacho vendrá con nosotros como grumete. Usted será el médico de a bordo y yo seré el almirante, por supuesto.

–Estoy dispuesto a acompañarlo, caballero –dijo el doctor–, pero hay un hombre que me da miedo.

–¿Y quién es? –exclamó Trelawney.

–¡Usted! –replicó el doctor–. Porque no sabe guardar un secreto. No somos los únicos que sabemos de la existencia de este mapa. Esos hombres que atacaron la posada están buscando el tesoro. Prometa que no dirá una palabra de esto a nadie.

–Como siempre, tiene usted razón –respondió el señor Trelawney–. Mantendré la boca cerrada.

PARTE II

El cocinero de a bordo

7. Viajo a Bristol

Pasó más tiempo del que calculó el señor Trelawney para empezar el viaje. El doctor Livesey tuvo que viajar a Londres para buscar un médico suplente y Trelawney se fue a Bristol, donde estuvo muy ocupado con los preparativos de la expedición. Yo, por mi parte, me quedé en la hacienda, a cargo de Tom Redruth, el viejo guardián. Estaba casi prisionero, pero lleno de sueños marinos y de aventuras.

Pasé horas observando el mapa; lo aprendí casi de memoria. Sentado junto a la chimenea, imaginaba que llegaba a la isla desde todas las direcciones posibles; exploraba cada rincón, subía veinte veces a la cumbre de la montaña que llamaban Catalejo y, desde la cima, disfrutaba de los más hermosos y variados paisajes. Algunas veces la isla estaba llena de salvajes y debíamos enfrentarlos; otras veces, nos perseguían feroces animales. Sin embargo, nunca imaginé las cosas tan terribles y extrañas como las que de verdad nos sucedieron.

Así pasaron las semanas, hasta que un buen día llegó una carta dirigida al doctor Livesey, con esta nota: “En caso de ausencia del doctor, debe ser abierta por Tom Redruth o el joven Hawkins”. Al abrir la carta, pude leer las siguientes noticias:

Posada de la Vieja Ancla, 19 de marzo de 17...

Estimado doctor Livesey:

Ya compré el barco y lo puse en condiciones. Está anclado en el puerto, listo para navegar. Nunca vi una embarcación más hermosa; tiene doscientas toneladas y se llama Hispaniola. Mi viejo amigo Blandy me ayudó a conseguirla. Tanto él como todos en Bristol colaboraron conmigo apenas se enteraron de nuestro propósito... (Me refiero al tesoro...)

Yo quería contratar veinte hombres pero no había encontrado ni siquiera media docena cuando la suerte me trajo al hombre que necesitaba. Un día, estaba parado en el muelle y empezamos a conversar. Así supe que era un viejo marinero que ahora tiene una taberna en Bristol muy popular. Me contó que no se sentía bien en tierra firme y deseaba encontrar trabajo como cocinero de a bordo para volver al mar.

Me conmovió su historia y, de pura lástima, lo contraté. Su nombre es John Silver y le falta una pierna. Lo cierto es que pensé que había encontrado solo un cocinero pero gracias a él y sus contactos pude completar la tripulación. Así que ¡venga ya mismo, doctor! Deje que Jim visite a su mamá, junto con el viejo Tom, y luego viajen lo más pronto posible a Bristol.

John Trelawney

Como podrán imaginarse, me puse muy contento. A la mañana siguiente, caminé junto a Tom hasta la posada El Almirante Benbow, y allí encontramos a mi mamá de buen humor. El señor Trelawney había mandado a arreglar todo y a pintar de nuevo las habitaciones, e incluso había comprado un hermoso sillón para mi mamá. También había contratado a un muchacho para que la ayudara durante mi ausencia. Hasta ese momento, solo había pensado en las

aventuras que me esperaban, pero cuando me di cuenta de que un desconocido ocuparía mi lugar en la posada, me dieron ganas de llorar.

A la noche siguiente, Redruth y yo emprendimos el viaje en diligencia. Viajé muy apretado, entre Tom y un señor muy obeso, y a pesar del traqueteo y del frío, me dormí profundamente. Cuando abrí los ojos me di cuenta de que nos habíamos detenido frente a un gran edificio, y que ya había salido el sol.

–¿Dónde estamos? –pregunté.

–En Bristol –dijo Tom–. Bajemos.

El señor Trelawney se había hospedado en una posada del puerto para supervisar el trabajo de sus marineros, y hacia allí nos dirigimos. Mientras recorríamos los muelles, vimos una gran cantidad de barcos de diferentes tamaños y nacionalidades. En un barco, los marineros cantaban mientras trabajaban; en otro, unos hombres se colgaban de sogas que parecían telarañas. Aunque siempre había vivido junto al mar, nunca me sentí tan cerca como en ese momento. ¡Estaba a punto de embarcarme con rumbo a una isla desconocida para buscar un tesoro!

Al llegar a la posada, nos encontramos con el señor Trelawney vestido de almirante.

–¡Por fin están aquí! –exclamó–. El doctor llegó anoche de Londres. ¡Bravo! ¡La tripulación está completa!

–Qué bien, señor –dije yo–, ¿y cuándo partimos?

–¡Mañana, sin falta! –respondió.

8. En la taberna El Catalejo

Después de desayunar, el señor Trelawney me dio una carta para que se la llevara a John Silver, y me dijo que lo encon-

traría al final del muelle en El Catalejo, su taberna. Partí hacia allá, feliz de poder ver otra vez los barcos y los marineros.

Al llegar, me pareció que la taberna era un lugar agradable para pasar el rato. La mayoría de los clientes eran hombres de mar, y hablaban tan fuerte que me quedé parado en la puerta, con un poco de miedo a entrar. Mientras dudaba, un hombre salió de un cuarto que daba a la sala y con solo mirarlo supe que era John Silver. Le faltaba la pierna izquierda y caminaba con la ayuda de una muleta. Era alto y robusto, con la cara grande como un jamón, bastante común y pálida, pero inteligente y risueña. Parecía estar de buen humor; iba silbando entre las mesas y les daba una palmadita en el hombro a sus clientes preferidos.

La verdad es que desde que el señor Trelawney mencionó a John Silver en su carta, tuve miedo de que se tratara del famoso marinero de una sola pierna que me mantenía alerta en la posada. Pero apenas lo vi, supe que no podía ser él. Había visto al capitán, y a Perro Negro, y al ciego Pew, y pensé que era suficiente para reconocer a un bucanero, es decir, a alguien muy distinto de ese señor tan limpio y amable.

–¿Usted es Silver? –le pregunté, ofreciéndole la carta.

–Sí, pequeño, ese es mi nombre. Y tú, ¿quién eres?

Al ver la carta, pareció sobresaltarse.

–¡Ya sé! Eres el grumete del barco –dijo, dándome la mano.

En ese preciso instante, uno de los clientes se levantó de golpe y corrió hacia la puerta. Pero su apuro me llamó la atención y lo reconocí enseguida.

–¡No lo dejen escapar! –grité–. ¡Ese es Perro Negro!

–No me importa quién es –exclamó Silver–, pero se fue sin pagar. ¡Harry, corre tras él y atrápalo!

Un hombre que estaba cerca de la puerta se levantó de un salto y salió corriendo.

–¡De acá nadie se va sin pagar! –dijo Silver–. ¿Cómo dijiste que se llamaba? ¿Perro cuánto?

–Perro Negro, señor –le contesté–. ¿No le contó nada el señor Trelawney sobre los bucaneros? Pues ese era uno de ellos.

–Ahora que lo pienso –dijo Silver–, creo que lo he visto por acá antes... Solía venir con un mendigo ciego.

–Claro –dije con seguridad–. Yo también conocí a ese ciego. Se llamaba Pew.

–¡Es verdad! –exclamó Silver entusiasmado–. Así se llamaba. Entonces, si logramos atrapar a ese Perro Negro, sería una buena noticia para el jefe Trelawney.

Mientras hablaba, Silver se mostraba tan indignado que habría convencido al más desconfiado de los jueces. Por mi parte, comencé a sospechar de él nuevamente y me prometí no perderlo de vista. Pero era demasiado astuto y hábil para mí, así que pronto volví a creerle cuando su hombre llegó sin aliento y dijo que no había podido atrapar al bucanero.

–Dime, Hawkins, ¿qué va a pensar de mí el señor Trelawney cuando se entere de que ese rufián estuvo en mi taberna? Te ruego que no le hables mal de mí... Piensa, muchacho, en mi triste situación... Para colmo, ¡ese hombre se tomó tres vasos de mi mejor ron y se fue sin pagar!

Silver se dejó caer en una silla y comenzó a reír a carcajadas hasta que las lágrimas cayeron por sus mejillas. Su risa era contagiosa, así que yo también terminé riéndome.

–Creo que seremos buenos amigos, Hawkins. Ahora, vamos. Le contaré todo al señor Trelawney.

Cuando llegamos a la posada, Silver les contó lo que pasó a Trelawney y Livesey. Ambos lamentaron que Perro Negro

hubiera logrado escapar, pero estuvieron de acuerdo en que ya nada se podía hacer. Luego de recibir felicitaciones, John Silver tomó su muleta y se marchó.

–¡Que toda la tripulación esté a bordo antes de las cuatro! –le gritó el señor Trelawney cuando se alejaba.

–¡Así será, señor! –exclamó el cocinero.

–Tengo que reconocer, señor Trelawney –dijo el doctor–, que John Silver ha sido un gran descubrimiento... Creo que Jim debe venir con nosotros a bordo, ¿qué opina?

–De acuerdo –respondió el señor Trelawney–. Toma tu sombrero, Hawkins, y vamos a ver nuestro barco.

9. Pólvora y armas

Cuando abordamos el barco, nos recibió el primer oficial Arrow, un viejo marino bizco, bronceado y con aros en las orejas. El señor Trelawney y él parecían llevarse muy bien, pero era evidente que no sucedía lo mismo con el capitán Smollett, un hombre serio que mostraba su disgusto por lo que sucedía a bordo. Ni bien bajamos a la cabina, un marinero le dijo al señor Trelawney que el capitán quería hablar con él.

–Siempre tendré tiempo para el capitán. Que pase.

El capitán entró y cerró la puerta.

–Bien, capitán Smollett, ¿qué quiere decirnos? Supongo que todo está en orden.

–Verá, señor –contestó el capitán–, no me gusta este viaje ni la tripulación.

–Quizás tampoco le guste el barco –respondió Trelawney muy molesto–. ¿Puede ser que tampoco le agrade su jefe?

–Caballeros –intervino el doctor Livesey–, estas discusiones solo sirven para crear rencores. Quizás el capitán quiera explicar por qué no le gusta este viaje.

–Me contrataron para dirigir este barco bajo las órdenes de un hacendado y estuve de acuerdo. Pero ahora me entero de que los demás saben más que yo acerca de este viaje. Mis propios marineros me han dicho que vamos a buscar un tesoro... A mí no me gusta en general buscar tesoros, y menos si primero me dicen que es una misión secreta pero después resulta que lo sabe hasta el loro.

–¿El loro de Silver? –preguntó Trelawney.

–Es una manera de decir... Me refiero a que han hablado demasiado. Me parece, caballeros, que no saben el riesgo que corren al hacer este viaje.

–Ahora sí ha sido claro y tiene razón sobre el riesgo –dijo el doctor–, aunque no lo ignoramos tanto como se imagina. Pero usted también mencionó que no le gusta la tripulación. ¿Cree que no son buenos marineros? ¿No le cae bien el oficial Arrow?

–No me agrada ninguno, señor –insistió el capitán Smollett–. Además, creo que un capitán debe elegir a sus hombres, en especial en una expedición como esta. Un oficial como Arrow debe mantener la distancia y me parece que trata a los marineros como si fueran sus amigos. Si ustedes insisten en hacer este viaje, les recomendaré algunas cosas. Primero: están guardando pólvora y armas en la bodega... Sin embargo, hay un sótano debajo de su camarote. ¿Por qué no las guardan ahí? Segundo: ustedes traen cuatro personas de confianza que, según escuché, van a dormir con los demás hombres en la proa... ¿Por qué no darles los camarotes que hay aquí en la popa?

–¿Algo más? –preguntó el señor Trelawney.

–Sí, lamentablemente ya se divulgó demasiada información sobre la expedición y se dice que ustedes tienen el mapa de una isla con cruces rojas que indican el lugar exacto donde está el tesoro. Yo no sé quién lo guarda pero mi condición es que lo mantengan en secreto, que ni siquiera me lo digan a mí o al oficial Arrow. Si no, renunciaré a mi puesto en este mismo momento.

–Entiendo –dijo el doctor–. Quiere que ocultemos el mapa y transformemos la popa en una especie de fortaleza, con nuestros hombres cerca y la pólvora y las armas a mano. En otras palabras, usted tiene miedo de que se produzca un motín.

–Caballero –dijo con seriedad el capitán Smollett–, no ponga palabras en mi boca que no dije. Soy el responsable por la seguridad de este barco y creo que debemos tomar ciertas precauciones. Eso es todo.

Después de decir esto, saludó y se fue sin agregar una sola palabra.

–Trelawney –dijo el doctor–, veo que usted ha contratado dos hombres honrados: el capitán Smollett y John Silver.

–Silver, puede ser –respondió Trelawney–, pero el capitán es un farsante y un desconfiado.

–Bien –dijo el doctor–, ya veremos.

Cuando subimos a cubierta, los hombres ya habían comenzado a cambiar de lugar las armas, la pólvora y las literas. En eso, llegaron los últimos tripulantes en un pequeño bote. Entre ellos, John Silver.

–Hola, muchachos, ¿qué están haciendo?

–Cambiamos de lugar las armas, John –respondió un marinero.

–¿Por qué pierden tiempo con eso? ¡Perderemos la marea de la mañana! –exclamó Silver.

–Es una orden mía –replicó el capitán enojado–. Usted baje a la cocina que la gente pronto querrá comer.

El capitán apuró a los que transportaban la pólvora y, de repente, vio que yo observaba entretenido el cañón giratorio que había en medio del barco.

–¡Grumete! Deja eso y baja a la cocina a ayudar –me gritó. Y aunque obedecí enseguida, oí que le dijo al doctor:

–No habrá preferidos en este barco.

Les puedo asegurar que estuve de acuerdo con el señor Trelawney sobre el capitán, porque me caía bastante mal.

10. El viaje

Estuvimos toda la noche preparando la partida. Sin embargo, aunque estaba muy cansado, no me habría ido a dormir por nada del mundo. Todo era nuevo y apasionante para mí.

Pronto vi cómo levaron el ancla, izaron las velas y la costa y los barcos empezaron a desfilar ante mis ojos: la *Hispaniola* había iniciado su viaje hacia la Isla del Tesoro. No voy a contar todo lo que sucedió durante el viaje, que por cierto fue bastante bueno. El barco demostró ser confiable y rápido, los marineros tenían mucha experiencia y el capitán sabía hacer su trabajo. Pero antes de llegar a la isla, sucedieron algunas cosas que es necesario relatar.

El oficial Arrow resultó peor de lo que el capitán había temido: nadie le hacía caso. Para colmo, uno o dos días después de nuestra partida, comenzó a aparecer en la cubierta con los ojos enrojecidos e hinchados y otras señales de que

había tomado alcohol. Una y otra vez, el capitán le ordenaba retirarse, como castigo. Algunas veces se caía y se golpeaba; otras, se quedaba todo el día acostado en su litera.

Nadie podía averiguar de dónde sacaba tanta bebida. Ese era el gran misterio de a bordo. No solamente no servía como oficial y era un mal ejemplo para la tripulación, sino que parecía evidente que iba a terminar mal. Por eso, en una noche muy oscura y de mar agitado, nadie se sorprendió cuando ese hombre desapareció sin dejar rastros.

–¡Hombre al agua! –exclamó el capitán.

Como nos habíamos quedado sin oficial, era necesario ascender a uno de los marineros. El elegido fue el contramaestre Job Anderson. En cuanto al timonel, Israel Hands, era un viejo marino con mucha experiencia, cuidadoso y astuto, al que se le podía confiar cualquier tarea. Era, además, un buen amigo de John Silver o Barbacoa, como lo llamaba la tripulación.

–Barbacoa no es un hombre común –me dijo una vez el timonel–. Cuando era chico, estudió. Y si él quiere, puede ser un libro abierto. Además, ¡es más temerario que un león!

Toda la tripulación respetaba al cocinero, e incluso lo obedecía. Conmigo era siempre muy amable y se alegraba cuando me veía entrar en la cocina, que mantenía limpia y brillante como un espejo, con las cacerolas lustrosas y ordenadas y su loro metido en la jaula en un rincón.

–Pasa, Jim –solía decirme–. Siéntate a conversar con tu amigo John. Saluda a mi loro, el capitán Flint.

Y el loro, como si fuera un muñequito a cuerda, solía gritar: “¡Piezas de a ocho! ¡Piezas de a ocho!”, y no se callaba hasta que Silver cubría la jaula con un pañuelo.

Entretanto, el señor Trelawney y el capitán seguían llevándose muy mal. Trelawney no disimulaba su desprecio

por el capitán. Por su parte, el capitán le dirigía la palabra solo si tenía que responder una pregunta. Admitía, si no le quedaba otro remedio, que había sido injusto en su opinión sobre la tripulación, ya que algunos de sus hombres eran excelentes marineros.

Todos los marineros parecían contentos, y la verdad es que tenían motivos. Con cualquier pretexto se brindaba con ron, y si el señor Trelawney se enteraba de que alguien cumplía años, se servía torta. Además, nunca faltaba un barril de ricas manzanas abierto en la cubierta, para que todos se sirvieran libremente.

–No sirve de nada tratar con tanta amabilidad a la tripulación –le decía el capitán al doctor Livesey.

Sin embargo, lo del barril de manzanas sirvió de mucho, como pronto descubrirán, pues gracias a él nos enteramos de que algunos tramaban atacarnos.

Esto fue lo que pasó: después de la puesta del sol, ya había terminado mi trabajo y me iba derecho al camarote cuando tuve ganas de comer una manzana. Como ya casi no había manzanas, me metí en el gran barril para agarrar una del fondo. En eso, un hombre entró y se sentó junto al barril, y yo estaba a punto de salir cuando comenzó a hablar. Era la voz de Silver, y las pocas palabras que escuché fueron suficientes para entender que las vidas de todos los hombres honrados que iban a bordo dependían de mí.

11. Lo que oí desde el barril

–Flint era el capitán –decía Silver–. Yo, por mi pata de palo, solo era el contraamaestre. Primero navegué con

England, luego con Flint y ahora por mi cuenta... Esa es mi historia. Pude ahorrar 900 libras con England y 2.000 con Flint. No está mal para un marinero. Y todo eso está bien guardado en el banco. Lo importante, muchachos, no es lo que ganan sino lo que ahorran. No sé qué habrá pasado con los hombres de England, pero la mayoría de los marineros de Flint están ahora en este barco, contentos de comer todos los días. Muchos de ellos eran mendigos cuando los encontré. El viejo Pew, que perdió la vista en la misma batalla en que yo perdí la pierna, se gastó 1.200 libras en un año y antes de morir tuvo que pedir limosna.

–Pero ¿cómo recuperará su dinero ahora? –dijo uno de los marineros–. Después de esto ya no podrá volver a Bristol.

–Es que ya no está en el banco –dijo el cocinero–. Apenas zarpamos, mi esposa lo retiró y puso en venta la taberna. Ya debe de estar viajando para encontrarse conmigo. Les diría dónde, pero no quiero que los demás me envidien.

–No estaba muy convencido –contestó el marinero–. Pero ahora que conversamos, acepto el trato que me propuso.

–Eres un muchacho valiente –dijo el viejo Silver–. Tu destino es convertirte en un caballero rico.

Empecé a comprender de qué hablaba Silver. Cuando decía “caballero rico”, se refería ni más ni menos que a un simple pirata. Y todo ese discurso era para poner de su lado a un marinero honesto, quizás el último de la tripulación. Pero enseguida escuché algo que me tranquilizó un poco, porque cuando Silver silbó bajito, se acercó otro hombre y se sentó con ellos.

–Dick es ahora uno de los nuestros –dijo Silver.

–Yo sabía que era un muchacho inteligente –respondió la voz de Israel Hands, el timonel–. Pero, dime, Barbacoa: ¿hasta cuándo vamos a tener que soportar al capitán? Ya nos



Municipio de
La Matanza

La Matanza de La Provincia

ha hecho trabajar demasiado. Quiero bajar a los camarotes y quitarles las provisiones, el vino y todo lo que tienen.

–Seguirás durmiendo en la proa, trabajarás duro y hablarás poco hasta que yo dé la señal. Smollett es un buen capitán y dirigirá este barco por nosotros. Yo no sé dónde esconden el mapa el señor Trelawney y el doctor, ¿entendiste? Y creo que tú tampoco. Pienso que lo mejor es dejar que encuentren el tesoro y lo suban al barco. Luego de eso, ya veremos.

–¿Y qué haremos con ellos cuando los atrapemos? –quiso saber Dick.

–¡Qué buena pregunta! Les he dicho que esperemos, pero cuando llegue el momento... ¡sacaremos los cuchillos!

–John –exclamó el timonel–, eres un hombre de verdad.

–Ya verás lo que soy capaz de hacer, Israel –dijo Silver–. Y tú, Dick, levántate y tráeme una manzana del barril.

¡Imagínense cómo me asusté! Paralizado por el miedo, escuché que Dick se levantaba pero Hands lo detuvo.

–¡Deja eso! John no comerá esa porquería. Tomaremos un trago de ron.

–Confío en ti, Dick –dijo Silver–, así que te daré la llave del barril de ron. Llena una jarra y tráela.

A pesar del susto que tenía, llegué a la conclusión de que así fue cómo Arrow había conseguido tanta bebida.

Cuando Dick se marchó, Israel comenzó a hablarle a Silver en el oído. “Nadie más quiere unirse a nosotros”, logré escuchar con claridad. Así me enteré de que todavía quedaban algunos hombres leales a bordo.

En ese momento, una luz se reflejó en el barril, y cuando miré hacia arriba, descubrí que acababa de salir la luna. Casi al mismo tiempo, escuché al vigía que gritaba:

–¡Tierra a la vista!

12. Consejo de guerra

Escuché pasos apurados por todas partes. La gente comenzó a salir de sus camarotes y aproveché el alboroto para saltar del barril.

Cuando salí a cubierta, ya toda la tripulación estaba reunida allí. A lo lejos, hacia el sudeste, se veían dos montañas bajas y detrás de ellas había otra, mucho más alta, cuya cima estaba envuelta por la bruma.

–Muchachos –dijo el capitán–, ¿alguno de ustedes ha visto esa isla antes?

–Yo –dijo Silver–. Una vez fui cocinero en un buque mercante y anclamos allí para buscar agua. Se llama Islote del Esqueleto. La montaña más alta es esa que tiene bruma en la cima y le dicen Catalejo.

–Aquí tengo un mapa –dijo el capitán Smollett–. Fíjese si este es el lugar.

Los ojos de Silver brillaron al ver el papel que le ofrecía el capitán. Pero yo sabía que su ilusión no iba a durar mucho. Ese no era el mapa que habíamos encontrado en el cofre de Billy Bones, sino una copia perfecta, con todos los detalles, pero sin las cruces rojas y las notas manuscritas.

Aunque Silver debía de sentirse muy molesto, se mostró tranquilo.

–Sí, señor –contestó–, este es el lugar. ¡Qué bien dibujado está este mapa! Me pregunto quién será el autor. Los piratas eran demasiado ignorantes para hacer algo así...

–Gracias, amigo –dijo el capitán Smollett–. Luego le pediré que nos ayude un poco más. Puede retirarse.

El capitán Smollett, el señor Trelawney y el doctor Livesey se quedaron conversando junto al alcázar de proa. A pesar de

que estaba impaciente por contarles lo que había escuchado, no me animaba a interrumpirlos. Mientras pensaba en inventar alguna excusa, el doctor Livesey me pidió que fuera a buscar su pipa, y apenas pude acercarme lo suficiente le susurré al oído:

–Doctor, baje con el capitán y Trelawney a la cabina y llámeme con cualquier pretexto. Tengo que darles muy malas noticias.

El doctor pareció sorprendido, pero enseguida simuló que me había preguntado algo.

–Gracias, Jim –dijo en voz bien alta–. Eso es todo lo que quería saber.

Dio la vuelta y se volvió a reunir con el grupo. Hablaron los tres por un momento y luego el capitán hizo sonar el silbato para que toda la tripulación se presentara en la cubierta.

–Muchachos –dijo el capitán cuando todos estuvieron reunidos–, hemos llegado a nuestro destino. Le he dicho al jefe de este barco que estoy muy satisfecho porque todos han cumplido con su deber. Por eso, él, el doctor y yo vamos abajo a brindar por ustedes, mientras que a ustedes les servirán un buen ron para que brinden aquí por nosotros. Pido un aplauso para el señor Trelawney, que ha sido tan generoso...

Todos aplaudieron fuerte y gritaron “Hurra”, como si no pasara nada. Parecían tan entusiasmados que me costaba creer que esos mismos hombres se habían confabulado en nuestra contra.

Enseguida, los tres caballeros se fueron abajo y al rato me mandaron a llamar. Los encontré sentados alrededor de una mesa, con una botella de vino español y un plato con pasas de uvas.

–Parece, Hawkins, que tienes algo que decirnos –me dijo el señor Trelawney.

Les conté entonces con lujo de detalles toda la conversación de Silver. Ninguno me interrumpió ni movió un dedo. No dejaron de mirarme hasta que terminé de hablar.

–Capitán –dijo Trelawney–, tengo que reconocer que usted tenía razón y yo estaba equivocado. He sido un tonto. Desde ahora se hará lo que usted diga.

–Yo he sido el tonto –replicó el capitán–. Nunca he visto una tripulación que preparara una rebelión sin que nadie se diera cuenta.

–Creo que Silver planeó todo –dijo el doctor–. Es un hombre notable.

–Más notable sería colgarlo del mástil... Pero ahora debemos concentrarnos en este asunto. Hay tres puntos importantes. El primero es que ya no podemos retroceder. Si diera la orden de virar el barco, los hombres se rebelarían enseguida. El segundo punto es que todavía tenemos tiempo, al menos hasta que encontremos ese tesoro. Tercer punto: aún quedan hombres leales a bordo. Ahora bien, señores, tarde o temprano esta situación se volverá violenta. Opino que hay que atacar primero, en el momento menos esperado. Me parece, señor Trelawney, que podemos confiar en los empleados de su hacienda, ¿verdad?

–Tanto como en mí mismo –declaró Trelawney.

–Entonces contamos con ellos tres –dijo el capitán–. Con nosotros cuatro, ya somos siete. ¿Y cuántos serán los hombres leales?

–Probablemente –respondió el doctor–, serán los que Trelawney contrató personalmente antes de conocer a Silver.

–No, en realidad –replicó Trelawney–. Uno de esos hombres era Hands.

–Pues bien, señores –agregó el capitán–, por ahora tendremos que vigilar a todos. Preferiría enfrentarlos ahora mismo, pero no tendremos ayuda suficiente hasta que sepamos cuáles están de nuestro lado.

–Jim puede ayudarnos –dijo el doctor–. Los hombres no le tienen miedo y es un chico muy observador.

–Hawkins, confiamos en ti –añadió el señor Trelawney.

Me angustié un poco al escuchar esto, porque era una misión muy peligrosa. Sin embargo, por una extraña serie de circunstancias, todos se salvarían gracias a mí.

13. Cómo comenzó la aventura

Cuando salí a cubierta, a la mañana siguiente, el aspecto de la isla había cambiado por completo. Habíamos avanzado mucho durante la noche y nos encontrábamos a una media milla de la costa. Gran parte de la tierra estaba cubierta por bosques de color gris, con algunos bancos de arena y unos cuantos pinos más altos que el resto de la vegetación.

Al acercarnos, las olas eran tan fuertes que la *Hispaniola* empezó a balancearse y tuve que agarrarme de una baranda mientras todo giraba a mi alrededor. Aunque había aprendido a ser un buen marinero durante el viaje, ser agitado como una botella era algo que no podía aguantar sin descomponerme, en especial por la mañana o con el estómago vacío.

Quizás fue eso lo que me entristeció, o tal vez el aspecto de la isla, con sus bosques grises y melancólicos, sus rocas filosas y las fuertes olas espumosas que rompían sobre la costa. Lo cierto es que, aunque brillaba el sol y los pájaros pescaban y trinaban con alegría a nuestro alrededor, me sentía abatido y odié la Isla del Tesoro desde el primer instante en que la vi.

Esa mañana teníamos mucho trabajo que hacer, ya que no había viento y se arrojaron al mar unos cuantos botes tripulados por marineros para poder remolcar el barco unas tres o cuatro millas, rodear la isla y navegar por un estrecho

canal hasta llegar al Islote del Esqueleto. Yo me ofrecí para ir en uno de los botes donde, por supuesto, no tenía nada que hacer. Hacía mucho calor y los hombres se quejaban de su trabajo. Anderson dirigía el bote donde yo estaba, pero en lugar de calmar a los marineros, protestaba más que ellos.

–Por suerte esto no durará para siempre –dijo.

Sin dudas era una mala señal, pues hasta ese día todos habían trabajado bien y con ganas. Pero ahora que habíamos llegado a la isla parecía que habían perdido la paciencia.

Nos detuvimos en el lugar señalado en el mapa con un ancla. El fondo era de arena pura y estaba rodeado de bosques. Desde el barco no podíamos ver el fortín protegido por una empalizada, porque estaba demasiado oculto entre los árboles. Si no fuera por el mapa que guardábamos, habríamos creído que éramos los primeros que anclábamos allí.

Si en el bote los hombres se habían portado de un modo alarmante, cuando volvimos a bordo las cosas se pusieron peor. Se juntaban a conversar en pequeños grupos en la cubierta y se los escuchaba protestar. La orden más insignificante era recibida con miradas rabiosas y murmullos entre dientes. El motín estaba por estallar, como una tormenta. Y no solo nosotros nos dábamos cuenta del peligro, John Silver iba de grupo en grupo para calmar los ánimos. De todas las cosas feas que pasaron ese día, la evidente ansiedad de John Silver fue la peor.

Hicimos una reunión en la cabina de popa.

–Señores –dijo el capitán–, si me arriesgo a dar una orden más, la tripulación entera se rebelará. Si me contestan mal y yo los trato peor, la pelea empezará de inmediato. Si no reacciono, Silver sospechará de mi manera de actuar y se dará

cuenta de que sabemos lo que están tramando. Creo que solo podemos confiar en una persona: el propio Silver. Él está tan interesado como nosotros en evitar un motín en este momento. Si le damos la oportunidad, no tardará en calmarlos. Propongo darles permiso para pasar la tarde en tierra. Si se van todos, nos apoderaremos de la nave. Si nadie se baja, nos defenderemos desde aquí como podamos.

Todos estuvimos de acuerdo. Se repartieron armas cargadas entre Hunter, Joyce y Redruth, hombres de confianza que por suerte recibieron la noticia sin sorprenderse demasiado y con más valentía de la que esperábamos. El capitán, entonces, fue a la cubierta y reunió a la tripulación.

–Muchachos –les dijo–, ha sido un día de mucho calor y todos estamos cansados. Creo que se merecen un paseo por la playa. Pueden usar los botes e ir a tierra por el resto de la tarde. Yo dispararé un cañonazo media hora antes de la puesta del sol.

Creo que esos tontos creían que apenas pisaran la isla tropezarían con el tesoro, porque enseguida se pusieron de buen humor y organizaron la expedición. Seis hombres se quedaron a bordo y los trece restantes, entre ellos Silver, se subieron a dos botes.

En ese momento se me ocurrió la primera de mis ideas disparatadas que ayudaron a salvar nuestras vidas. Si Silver dejaba a seis de sus hombres, nuestro grupo ya no podía apoderarse del barco, así que me pareció mejor ir a tierra. Rápidamente me metí en uno de los botes. Nadie se dio cuenta de que estaba ahí, solo el remero de proa.

–¿Eres tú, Jim? Baja bien la cabeza –me dijo.

Pero Silver, desde el otro bote, comenzó a mirarnos para averiguar si era yo el que había subido. En ese momento,

me arrepentí un poco de lo que había hecho. Los dos grupos de marineros se divertían apostando cuál de los botes llegaría primero. Por suerte, el bote en el que yo estaba iba más rápido y muy pronto dejó atrás a su competidor. Apenas se detuvo entre los árboles, me agarré de una rama, salté a tierra y me escabullí entre los arbustos.

–¡Jim, Jim! –oí que me gritaba Silver.

Pero, como pueden suponer, no le presté atención. Corrí y corrí hasta que me quedé sin fuerzas.

14. El primer golpe

Estaba tan contento de haber escapado de John Silver que comencé a disfrutar del paisaje y a explorar la extraña tierra donde me encontraba. Había pasado por un pantano, lleno de sauces, juncos y árboles exóticos, y acababa de llegar a un terreno ondulado y arenoso.

Por primera vez en mi vida sentía la alegría de explorar. No había habitantes en la isla; estaba lejos de mis compañeros, y frente a mí solo pasaban animales terrestres y aves. Caminé sin rumbo hasta llegar a un bosque de robles, que crecían en la arena a poca altura, con ramas retorcidas y un follaje que formaba algo parecido a un techo de paja. Los árboles llegaban hasta la costa de un gran pantano rodeado de juncos.

En eso, noté que los juncos se movían: un pato silvestre graznó y levantó vuelo, otro lo siguió, y enseguida se formó una verdadera nube de pájaros que volaban en círculos. Supuse que alguno de mis compañeros andaba cerca, y tenía razón, porque pronto comencé a escuchar una voz débil y lejana que parecía aproximarse.



Municipalidad de
La Matanza

La Matanza  de  Provincia

Sentí mucho miedo; me escondí detrás de un árbol y me quedé mudo como un ratón. Volví a escuchar la voz y la reconocí: era Silver. Por el tono, parecía discutir con alguien pero no lograba entender qué decía. Caminé en cuatro patas y me acerqué todo lo que pude hasta que logré espiar entre las hojas: vi que Silver había tirado su sombrero al suelo y discutía furioso con un marinero de la tripulación.

–Mira, Tom –decía–, eres muy valioso para mí y solo estoy tratando de salvarte la vida. Todo está preparado y no podrás impedirlo...

–Silver –replicó el otro con voz ronca–, eres un hombre honrado, valiente y rico. ¿Por qué te dejas convencer por esos canallas? Preferiría perder una mano antes de no cumplir con mi deber...

De pronto se escuchó un ruido que interrumpió la charla. Acababa de encontrar, por fin, a uno de los hombres leales de la tripulación, y enseguida iba a conocer a otro. A lo lejos, del otro lado del pantano, se oyó un grito de angustia y después un alarido escalofriante.

–¿Quién habrá gritado así? –preguntó Tom.

–Supongo que ha sido Alan –contestó Silver con la sonrisa de siempre pero mirando a su compañero de reajo.

–¿Alan?... ¡Que en paz descanse ese marinero honrado! A partir de hoy, Silver, ya no somos compañeros. Y no me importa si esto me cuesta la vida.

Y luego de decir estas palabras, el valiente marinero le dio la espalda al cocinero y comenzó a caminar hacia la playa. Sin embargo, no pudo llegar muy lejos. Silver pegó un grito, se agarró de la rama de un árbol y le arrojó su muleta con furia, como si fuera un proyectil. El marinero cayó al suelo, pero antes de que pudiera levantarse, Silver se arrojó sobre él y le clavó un cuchillo.

Yo no sé exactamente qué es desmayarse, pero por un buen rato se me nubló la vista y me zumbaron los oídos. Cuando me recuperé, el monstruo ya se había tranquilizado; tenía el sombrero puesto y la muleta bajo el brazo. Sacó un silbato del bolsillo y lo tocó varias veces. Entendí que los demás llegarían en cualquier momento. Salí de mi escondite lo más rápido que pude y volví sobre mis pasos para alejarme de esos asesinos. ¿Podía alguien correr más peligro que yo en ese momento? En cuanto sonara el cañonazo del capitán, ¿cómo me animaría a subir al bote con esa gente? ¿Y si no subía y eso despertaba sospechas? Todo había terminado para mí. ¡Adiós a la *Hispaniola*, al señor Trelawney, al doctor y al capitán!

Mientras pensaba estas cosas, no paraba de correr. Sin darme cuenta, había llegado hasta el pie de una de las montañas más bajas de la isla, una zona parecida a la selva, con robles y pinos. Y lo que vi cuando llegué, me dejó muerto de miedo.

15. El hombre de la isla

Desde la ladera de la montaña cayó un puñado de piedritas que rebotó contra los árboles. Miré instintivamente en esa dirección y descubrí una silueta extraña que saltó con rapidez y se ocultó detrás del tronco de un pino. Parecía oscura y peluda, pero no podía distinguir si era un oso, un hombre o un mono.

Me quedé paralizado. Sentía que no tenía escapatoria: detrás de mí estaban los asesinos, y delante, esa cosa rara. Decidí que era preferible el peligro que ya conocía. Silver no parecía

tan terrible si lo comparaba con esa especie de criatura del bosque, así que comencé a correr de nuevo hacia los botes.

Pero, en pocos segundos, la figura volvió a aparecer y vi cómo daba toda una vuelta para alcanzarme y no dejarme pasar. Pasaba de un tronco a otro con la velocidad de un ciervo, pero corría como un hombre, con sus dos piernas; de eso estaba seguro.

Enseguida recordé las historias que había escuchado sobre caníbales y estuve a punto de pedir socorro. Pero el solo hecho de saber que se trataba de un hombre, aunque fuera un salvaje, me había tranquilizado un poco. Por fin, decidí caminar hacia él, y en cuanto lo hice, dejó de esconderse. Para mi asombro, se arrodilló y juntó sus manos como si estuviera suplicando.

–¿Quién es usted? –le pregunté.

–¡Soy el pobre Ben Gunn! ¡Hace tres años que no hablo con nadie!

De todos los mendigos que había visto en mi vida, este era el más sucio y harapiento. Su ropa estaba hecha de pedazos de lona de barco y retazos de ropa de marinero.

–¡Tres años! –exclamé yo–. ¿Es un náufrago?

–No, amigo mío –respondió–. Me confinaron aquí.

Yo había oído la palabra confinar y sabía que era una especie de castigo horrible, muy común entre los piratas, que consistía en abandonar al condenado en una isla desierta con un poco de pólvora y municiones.

–¡Estoy confinado desde hace tres años! –siguió contando el hombre–. Y desde entonces viví gracias a las cabras, las frutas y las ostras. Pero extraño tanto la comida casera... ¿No tendrás por casualidad un pedacito de queso?

–Si logro volver a bordo, le prometo que tendrá todo el queso que quiera –le contesté.

–¿Cómo te llamas, pequeño?

–Jim –le dije.

–Mira, Jim –me susurró el hombre mientras miraba para todos lados–, yo soy rico... Ahora, dime la verdad, ¿el barco que está en la costa es el de Flint?

Y entonces tuve una feliz idea. Empecé a creer que había encontrado un aliado y me apuré a responderle:

–No es de Flint. Él ha muerto. Pero le diré la verdad: hay hombres de Flint en ese barco, lo que es muy malo para el resto de nosotros.

–¿Hay un hombre con una sola pierna?

–¿Silver? –le pregunté.

–¡Ah! ¡Silver! Si él te envió hasta acá, yo soy hombre muerto. ¿Pero sabes qué te pasaría a ti en ese caso? –me advirtió tomándome de la muñeca.

Estaba decidido a contarle toda la historia, y eso fue lo que hice. Me escuchó con mucho interés y luego me dio unas palmaditas en la cabeza.

–Jim, ustedes están metidos en un gran lío. Pero puedes confiar en Ben Gunn. Ahora dime, ¿tú crees que ese tal Trelawney será generoso conmigo si los ayudo? ¿Será capaz de darme mil libras, por ejemplo, y de llevarme a casa?

–¡Por supuesto! –le respondí–. El señor Trelawney es un caballero. Además, si nos libramos de los marineros, necesitaremos ayuda en el barco.

–¡Ah! Eso es cierto –dijo con alivio–. Si hace falta, recuerda que bajo la roca blanca tengo un bote escondido que construí con mis propias manos.

En ese momento, oímos un cañonazo que retumbó en toda la isla.

–¿Qué fue eso? –preguntó Ben Gunn.

–¡Comenzó la batalla! –le contesté–. ¡Sígueme!

Me olvidé de todos mis miedos y salí corriendo hacia la costa junto al hombre de la isla vestido con sus harapos.

Un rato después del cañonazo, escuchamos disparos. Hubo otra pausa y, de repente, vi que una bandera del Reino Unido flameaba en el aire, encima del bosque.

PARTE IV

El fortín

16. El doctor continúa la narración: cómo fue abandonado el barco

Cerca de la una y media, los dos botes de la *Hispaniola* navegaron hacia la isla. En la cabina del barco, el capitán, el señor Trelawney y yo conversábamos sobre nuestra difícil situación. En eso, Hunter entró para darnos una noticia: Jim se había metido en uno de los botes y estaba en tierra firme con los marineros. No dudamos de su lealtad, pero nos preocupamos por él. Teníamos miedo de que esos hombres furiosos no le perdonaran la vida.

Corrimos a la cubierta. Hacía un calor que derretía hasta el alquitrán del suelo. Los seis canallas que se habían quedado a bordo estaban sentados en la popa, refunfuñando a la sombra de una vela. Podíamos ver los botes amarrados en la playa. En cada uno había un hombre sentado. No tenía sentido esperar, así que decidimos que Hunter y yo iríamos a la isla para saber qué estaba pasando.

Desembarcamos lejos de los otros botes. Salté a la playa y me metí entre los arbustos lo más rápido que pude. Caminé unos metros y encontré el fortín que figuraba en el mapa. Voy a describir lo que vi: un arroyo de agua clara nacía en la cumbre de un cerro; sobre ese cerro había una cabaña de troncos y, alrededor de ella, una empalizada sin puerta ni ventanas. El que se adueñara de ese fortín tendría una gran ventaja: estaría a

salvo de sus enemigos y podría dispararles como si fueran perdicés. Solo hacía falta una buena vigilancia y comida; con eso era posible defenderse de un regimiento entero. Reflexionaba sobre esto cuando escuché el grito de alguien que había sido herido de muerte. En ese instante, mi pulso se detuvo. “Han matado al pequeño Jim”, fue lo primero que pensé.

Como soy médico, estoy acostumbrado a tomar decisiones sin perder el tiempo. Así que de inmediato supe qué hacer. Regresé a la playa y salté a bordo del bote. Por suerte, Hunter era un buen remador y enseguida llegamos a la *Hispaniola*. Naturalmente, encontré a todos muy nerviosos. El señor Trelawney estaba pálido como un papel y se lamentaba por habernos metido en tantos problemas.

Le expliqué al capitán cuál era mi plan y entre los dos pensamos cómo ponerlo en práctica. Ubicamos al viejo Redruth en un pasillo entre la cabina y el castillo de proa, con tres o cuatro armas cargadas y un colchón para armar una trinchera. Enseguida, Joyce y yo comenzamos a cargar el bote con pólvora, armas, bolsas de galletas, jamón, coñac y mi valioso botiquín.

En la cubierta, el capitán llamó al timonel, que se había quedado a bordo.

—¡Escucha, Hands! —le dijo—. Dos de los nuestros tienen armas cargadas. Si alguno de ustedes hace el menor movimiento, será hombre muerto.

Los hombres se sorprendieron y, luego de murmurar entre ellos, comenzaron a bajar de a uno por la escotilla de la popa, pensando sin dudas en atacarnos por la espalda. Pero, en cuanto se encontraron con Redruth en el pasillo, intentaron volver a subir.

—¡Abajo, ladrón! —gritó el capitán cuando uno de ellos asomó la cabeza por la escotilla.

La cabeza desapareció y nadie más se asomó.

Mientras tanto, Hunter, Joyce y yo remamos lo más rápido que pudimos hacia la playa con el bote cargado de provisiones. Este viaje inquietó mucho a los marineros que vigilaban desde los botes; vimos cómo uno de ellos saltó a tierra y desapareció. Apenas llegamos, llevamos todo al fortín. Hunter y Joyce se quedaron allí y yo remé de nuevo a la *Hispaniola*.

El señor Trelawney me estaba esperando, más animado. Me ayudó a amarrar el bote y comenzamos a cargarlo con más armas y comida como si de eso dependiera nuestra vida. A esa hora, la marea comenzaba a bajar y el barco se balanceaba alrededor del ancla. Oímos gritos confusos, a lo lejos, en dirección de los botes, y decidimos dejar la *Hispaniola* cuanto antes.

Redruth abandonó su puesto en el pasillo y saltó al bote. Antes de subir, el capitán intentó rescatar a uno de los hombres.

–¡Abraham Gray! –gritó–. Estoy por abandonar esta nave y te ordeno que sigas a tu capitán. Sé que en el fondo eres un buen marinero. Tienes treinta segundos.

Hubo una pausa.

–¡Vamos, muchacho! –insistió el capitán–. Estoy arriesgando mi vida y la de estos caballeros.

Se escuchó una discusión, golpes, y luego de eso Abraham Gray salió de la escotilla con una herida en la cara. Corrió hasta el capitán como una mascota que sigue a su amo.

–Estoy de su lado, señor –dijo.

De inmediato, él y el capitán saltaron al bote y nos pusimos a remar. Ya habíamos logrado huir de la *Hispaniola*, pero aún faltaba llegar al fortín.

17. El doctor continúa la narración: el último viaje en bote

Este viaje fue distinto de los anteriores. En primer lugar, la cáscara de nuez en que viajábamos estaba demasiado cargada. Cinco hombres, entre ellos los altísimos Redruth, Trelawney y el capitán, era más de lo que podía soportar un bote pequeño. Estaba tan inclinado que teníamos miedo hasta de respirar. Por si fuera poco, la marea baja producía una corriente caudalosa que nos empujaba justo hacia donde estaban los hombres de Silver.

–No puedo mantener el rumbo hacia el fortín –le dije al capitán–. ¿No pueden remar más fuerte?

–Si lo hacemos, nos hundiremos –me contestó–. Este el único rumbo que podemos seguir hasta que el mar se calme. Otra cosa es la que me preocupa: el cañón.

–Ya pensé en eso –le contesté, seguro de que temía que los marineros bombardearan el fortín–. No podrán llevarlo a tierra ni arrastrarlo por el bosque.

–Mire a popa, doctor –me replicó el capitán.

Nos habíamos olvidado de la pieza de artillería y vimos horrorizados cómo esos desalmados intentaban quitarle la tapa. Y no solo eso: de pronto recordé que habíamos dejado los proyectiles y la pólvora de esa pieza a bordo y que podían encontrarlos en cualquier momento.

–Hands era el artillero de Flint –dijo Gray con voz ronca.

A pesar del peligro, seguimos navegando hacia la costa. Por suerte, ya estábamos lejos de la corriente y podíamos remar en línea recta. El problema era que nos habíamos convertido en un blanco fácil si nos atacaban desde la *Hispaniola*.

Pude ver y oír al mismo tiempo cómo Israel Hands se preparaba para disparar el cañón.

–Señor Trelawney –dijo el capitán–, usted es el mejor tirador. Apunte a esos hombres con su mosquete.

Dejamos de remar y Trelawney disparó. Uno de los hombres resultó herido y se puso a gritar. El eco de los gritos alertó a sus compañeros, pero también a los piratas que estaban en la playa. Al mirar hacia allí, vi que salían en masa de atrás de los árboles y saltaban a los botes.

–Señores, vienen por nosotros –dije.

–¡A toda velocidad, entonces! –gritó el capitán–. No tengo miedo de ellos, pero sí de las balas del cañón. Apuntarnos es tan fácil como jugar a las canicas.

Mientras tanto, habíamos avanzado bastante y ya estábamos cerca de la costa. Con treinta o cuarenta remadas más, llegaríamos a la playa. En eso, se escuchó una explosión y el capitán y Redruth nos hicieron retroceder con un golpe de remo. Ninguno de nosotros pudo ver por dónde pasó el proyectil, pero creo que fue por encima de nuestras cabezas y con tanta fuerza que provocó un desastre: nuestro bote se hundió y todos terminamos en el agua.

De todas maneras, el daño no era tan grande. Seguíamos vivos y podíamos nadar hasta la playa. Lo malo era que nuestras provisiones estaban en el fondo del mar y solo pudimos rescatar dos mosquetes, el mío y el que el capitán llevaba encima. Nos preocupaba además el ruido de voces que se acercaban por el bosque, porque temíamos que nos impidieran llegar hasta el fortín.

Pensando en esto, nadamos hasta la isla lo más rápido que pudimos, dejando atrás el bote y más de la mitad de la pólvora y la comida.

18. El doctor continúa la narración: el final del primer día de lucha

Cuando llegamos a la costa, corrimos por el bosque para llegar al fortín. Pero a cada paso que dábamos, oíamos con más claridad las voces de los piratas. Pronto pudimos escuchar sus pisadas y el crujido que hacían las ramas cuando atravesaban los arbustos.

Me di cuenta de que tarde o temprano íbamos a tener que enfrentarlos y saqué mi arma.

–Capitán –dije–, el señor Trelawney es el que tiene mejor puntería. Dele su mosquete porque el de él se arruinó.

Dimos unos cuarenta pasos más y pudimos ver la empalizada frente a nosotros. Llegamos por el sur, mientras que siete de nuestros enemigos, con el contraamaestre Job Anderson a la cabeza, aparecieron por el sudoeste gritando con furia.

Se detuvieron sorprendidos, y el señor Trelawney y yo comenzamos a disparar, mientras que Hunter y Joyce hacían lo mismo desde el fortín. Uno de nuestros enemigos cayó al suelo y los demás corrieron a esconderse entre los árboles.

Antes de que pudiéramos celebrar nuestro triunfo, se oyó un disparo desde los matorrales y una bala silbó junto a mi oreja. Redruth se tambaleó y su enorme cuerpo cayó al suelo. Al mirarlo de reojo supe que no iba a sobrevivir. Lo levantamos entre todos y lo llevamos al fortín.

El pobre hombre había sido muy valiente, había cumplido cada orden sin decir una palabra, y tenía al menos veinte años más que nosotros. El señor Trelawney se arrodilló junto a él y le dio un beso en la mano, mientras lloraba como un chico.

–Tom –dijo emocionado–, ¿me perdonas?

–Sí, señor, por supuesto –respondió Tom un momento antes de morir.

Mientras tanto, el capitán había sacado de sus bolsillos varios objetos: una bandera británica, una Biblia, una cuerda, una pluma, tinta, el diario de viaje y tabaco. Había encontrado en el lugar un tronco de abeto y, con la ayuda de Hunter, lo había clavado en una esquina del fortín. Luego, trepó hasta el techo y colocó la bandera en ese improvisado mástil. Cuando volvió a entrar, se puso a contar las provisiones con una gran concentración. Sin embargo, apenas se dio cuenta de que Tom había muerto, cubrió su cuerpo con otra bandera, en una ceremonia respetuosa.

Entonces, me llevó aparte y me dijo:

–Doctor, ¿en cuántas semanas cree usted que llegará Blandy a socorrernos?

Le dije que no faltaban semanas sino meses. Le habíamos pedido a Blandy que enviara un barco a buscarnos si no volvíamos a fines de agosto. Ni antes ni después.

–Podemos arreglarnos con la pólvora y las balas, pero no hay víveres suficientes –comentó el capitán.

En ese momento una bala de cañón pasó muy por encima del fortín y cayó en el bosque, lejos de nosotros.

–¡Eso, muchachos! –exclamó el capitán–. ¡Sigán desperdiciando la poca pólvora que les queda!

Pero, en el segundo cañonazo, la puntería mejoró y el proyectil cayó dentro de la empalizada, lo que provocó una nube de arena, aunque por suerte ningún daño.

–Capitán –dijo Trelawney–, el fortín no puede verse desde el barco. Me parece que la bandera les permite apuntar hacia acá. ¿No cree usted que sería mejor bajarla?

–¿Arriar mi bandera? ¡Jamás! –exclamó el capitán.

Todos estuvimos de acuerdo. No se trataba solo del pa-

triotismo de ese hombre de mar, sino de demostrarles a nuestros enemigos que no les teníamos miedo.

Siguieron disparando cañonazos durante toda la tarde. Algunos proyectiles caían lejos y otros ni siquiera se acercaban. Tenían que apuntar tan alto que las balas caían sin fuerza y se hundían en la arena. Pronto nos acostumbramos a esa especie de payasada y dejamos de preocuparnos por el tema.

El capitán abrió su diario de viaje y escribió lo siguiente:

Estos son los tripulantes fieles a la Hispaniola: el capitán Alexander Smollett, el doctor David Livesey, el carpintero Abraham Gray, el propietario John Trelawney y sus empleados John Hunter y Richard Joyce. Con víveres para diez días en pequeñas raciones, hoy desembarcaron e izaron la bandera británica en el fortín de la Isla del Tesoro. Tom Redruth, guardián del propietario, fue asesinado por los amotinados. James Hawkins, grumete...

En ese mismo momento, yo me preguntaba qué le habría pasado a Jim Hawkins.

–Alguien nos está llamando –avisó Hunter, que se encontraba de guardia.

–¡Doctor! ¡Señor Trelawney! ¡Capitán!... ¡Hola, Hunter! ¿Eres tú? –gritó alguien.

Corrí a la puerta y vi a Jim Hawkins, sano y salvo, trepando por la empalizada.

19. Jim Hawkins retoma la narración: la gente del fortín

Apenas Ben Gunn vio la bandera, nos detuvimos. Me agarró de un brazo y me hizo sentar junto a él.

–Allí están tus amigos, Jim –me dijo.

–A mí me parece que son nuestros enemigos –le contesté.

–¡Claro que no! –replicó él–. ¿Crees que en un lugar como este Silver izaría la bandera británica? Por supuesto que no. Son tus amigos, Jim, no tengas dudas. Habrán enfrentado a los piratas y deben de haber ganado la pelea, ya que se metieron en el viejo fortín que construyó el capitán Flint.

–Bueno, si eso es cierto, debo reunirme con ellos.

–Ve tú, compañero. Ben Gunn se larga de aquí. Ni siquiera el ron podría hacerme ir adonde tú vas. Primero, el caballero ese tendrá que darme su palabra de honor. Tú le dirás: “Ben Gunn confía bastante en un caballero”. Eso le dirás. Y después, lo pellizcarás.

Y al decir esto, con picardía, me pellizcó.

–Si necesitas a Ben Gunn, Jim, lo buscas en el mismo lugar donde lo encontraste hoy. Cualquiera que me busque, debe tener algo blanco en la mano y andar solo. Explícale a ese caballero que tengo buenas razones. Tiene que ser entre el mediodía y las seis de la tarde.

–Está bien. ¿Puedo irme ahora?

–¿No te olvidarás? –preguntó ansioso, sin soltarme el brazo–. Debes decir “buenas razones”, es muy importante. Y si te encuentras de casualidad con Silver, supongo que no le contarás sobre mí, ¿verdad? No, no dirás nada...

En ese momento una fuerte explosión lo interrumpió, y una bala de cañón rebotó entre los árboles y se enterró en la arena, muy cerca de nosotros. Gunn y yo corrimos en direcciones opuestas.

Durante una hora seguí escuchando cañonazos, y los proyectiles caían sobre el bosque. Avancé, de escondite en escondite, hasta los árboles de la costa. El sol acababa de

ponerse y la brisa del mar hacía crujir las hojas. El aire frío, después del calor del día, me refrescaba.

La *Hispaniola* todavía estaba anclada en el mismo lugar, pero ahora en el palo mayor flameaba una bandera pirata. Mientras espía se produjo un destello rojo y luego la explosión del último cañonazo. Me quedé escondido durante un buen rato para observar lo que sucedía. En la playa, cerca de la empalizada, algunos piratas rompían algo a hachazos. Más tarde supe que se trataba del bote de mis amigos.

Decidí ir hasta la empalizada. Al ponerme de pie vi entre los arbustos una extraña piedra de color blanco. Pensé que podía ser la roca blanca que había mencionado Ben Gunn y que, si algún día necesitábamos un bote, ya sabía dónde encontrarlo.

Luego, rodeé el bosque hasta llegar a la parte de atrás del fortín. Todos mis amigos me dieron la bienvenida y enseñada les conté mis aventuras junto a Ben Gunn.

–¿Qué opinas de ese hombre, Jim? –me preguntó el doctor.

–No sé, señor –le respondí–. Por momentos parecía un poco loco.

–Un hombre que vivió solo en esta isla durante tres años no puede portarse con normalidad, como tú o como yo. Comentaste que te pidió un pedazo de queso, ¿no?

–Sí, señor. Quería queso –respondí.

–Bien. Seguramente has visto mi tabaquera, ¿verdad? Y nunca me viste fumar. La razón es que en esa cajita guardo un pedazo de queso parmesano. Pues bien, ese queso será para Ben Gunn.

Después de cenar nuestra ración de jamón, los tres jefes se reunieron para debatir cuáles eran los pasos a seguir. Yo, como se podrán imaginar, estaba muy cansado, y después de dar muchas vueltas logré dormirme profundamente.

Hacia rato que los demás se habían levantado y desayunado, y ya habían juntado leña, cuando me despertó un griterío.

–¡Bandera de paz! –oí decir a alguien.

Y luego, escuché una exclamación de sorpresa:

–¡Es Silver en persona!

Al oír esto, di un salto y, restregándome los ojos, corrí a espiar por una de las rendijas del fortín.

20. La propuesta de Silver

Pude ver a dos hombres fuera de la empalizada. Uno agitaba un pedazo de tela blanca, y el otro, que era el propio Silver, permanecía de pie junto a él, muy tranquilo.

–¡Que nadie salga! –gritó el capitán–. Debe ser una trampa.

–¡Bandera de paz! –exclamó Silver.

–¿Qué quieren?

–El capitán Silver desea hacerles una propuesta –dijo el otro hombre.

–¡Yo no conozco a ningún capitán Silver! –gritó Smollett.

–Señor, soy yo –dijo Silver–. Esos pobres muchachos me han elegido capitán después de que usted los abandonó. Queremos llegar a un acuerdo. Le pido que me dé su palabra de que me dejará salir con vida de este fortín.

–Yo no tengo ganas de hablar con usted –respondió el capitán Smollett–. Si quiere decir algo, acérquese. Eso es todo. Si hay traición, será de ustedes.

–Es suficiente para mí, capitán –contestó John Silver satisfecho–. Yo sé que usted es un caballero.

A Silver le costó bastante subir la loma empinada con su mula, pero llegó hasta el capitán y lo saludó con una gran cortesía. Se había puesto su mejor ropa: una chaqueta azul con botones de metal y un elegante sombrero con encaje.

–Ya está usted aquí –dijo el capitán–. Será mejor que se siente.

–¿No me va a dejar pasar? –preguntó Silver–. Es una mañana muy fría para sentarse en la arena.

–Mire, Silver, si hubiera sido un hombre honrado, ahora estaría sentado en la cocina del barco. Lo traté muy bien cuando era cocinero, pero como capitán de los piratas amotinados lo único que merece es un castigo.

–De acuerdo, me sentaré en la arena, pero después tendrá que ayudar a levantarme. ¡Qué lindo lugar han encontrado! Allí veo a Jim y al doctor... Parecen una gran familia.

–Si tiene algo que decir, le sugiero que no dé más vueltas.

–Está bien, esta es mi propuesta: nosotros queremos el tesoro, y ustedes desean salvar sus vidas. Lo que trato de decirle es que necesitamos el mapa. Si ustedes me lo dan y dejan de dispararnos, a cambio les ofrecemos dos posibilidades. La primera es que pueden venir a bordo con nosotros cuando encontremos el tesoro y les doy mi palabra de honor de que los llevaré de vuelta a casa. Pero si esa idea no les gusta, ya que algunos de mis marineros son un poco brutos y quizás quieran vengarse, pueden quedarse acá. Le prometo que en ese caso repartiremos los víveres y le avisaré al primer barco que encontremos para que venga a rescatarlos.

–¿Eso es todo? –preguntó el capitán.

–Es nuestra última palabra. Si se niegan, no me volverán a ver. Pero sí verán las balas de nuestros mosquetes.



Municipalité
de La Motte

Malade de la province

–Muy bien –dijo el capitán–. Ahora usted me escuchará a mí. Si se acercan de a uno, desarmados, yo me comprometo a ponerles a todos cadenas y esposas para llevarlos a casa y que sean juzgados en un tribunal de Inglaterra. Si no están de acuerdo, me llamo Alexander Smollett, he izado la bandera de mi rey y estoy dispuesto a acabar con cada uno de ustedes. No podrán encontrar el tesoro. Tampoco podrán volver en el barco, ya que ninguno es capaz de dirigirlo. No podrán vencernos en la batalla, tenemos hombres con buena puntería. Esto es lo último que le diré por las buenas. Ahora, váyase. ¡Rápido!

Era divertido ver la cara de Silver. Estaba tan furioso, que sus ojos parecían a punto de explotar.

–¡Deme la mano para que pueda levantarme! –gritó.

–No cuente conmigo –replicó el capitán.

–¿Quién me ayudará? –preguntó furioso.

Nadie se movió. Silver se arrastró por la arena hasta que pudo apoyarse en una pared y levantarse con ayuda de su muleta.

–¡Ríanse de mí! Pero antes de una hora tiraremos abajo este fortín.

Murmurando malas palabras, Silver se alejó a los tropiezos por la arena.

21. El ataque

Apenas Silver desapareció entre los árboles, el capitán, que no lo había perdido de vista, entró al fortín.

–¡Todos a sus puestos! –ordenó–. En menos de una hora nos atacarán. No necesito recordarles que ellos son más

que nosotros, pero si nos atrincheramos podremos vencerlos. Apaguen el fuego; ya no hace frío y no podemos tener humo en los ojos. Jim, tú no desayunaste. Toma una porción de jamón y come en tu puesto. Hunter, sirve una ronda de coñac para los mayores.

Como había dicho el capitán, ya no hacía frío. El sol brillaba sobre las copas de los árboles y disipaba la bruma que venía del pantano. Pronto la arena comenzó a recalentarse y tuvimos que quitarnos las chaquetas, desabotonarnos las camisas y arremangarnos. Todos nos quedamos parados junto a las rendijas, cada uno en su puesto, acalorados y ansiosos. Así pasó una hora.

–¡Por favor! –rugió el capitán–. Esto es tan aburrido que terminaremos todos deprimidos... Gray, silba una canción.

–¿Si veo a alguien disparo, señor? –preguntó Joyce.

–¡Claro que sí! –respondió el capitán.

Por un buen rato no pasó nada, pero ese diálogo nos había puesto a todos muy alertas. Los mosqueteros permanecían con sus armas en las manos, apuntando por las rendijas de las paredes, y el capitán, en el centro del fortín, tenía los labios apretados y las cejas fruncidas.

De repente, Joyce disparó su mosquete. Enseguida oímos disparos afuera, uno tras otro, sobre los cuatro costados del fortín. Varias balas se incrustaron en las paredes de tronco, pero ninguna logró entrar. En eso, un grupo de piratas salió corriendo del bosque en dirección a la empalizada. Al mismo tiempo, tiradores escondidos detrás de los arbustos comenzaron a disparar, y una bala que atravesó la puerta rompió en pedazos el mosquete del doctor.

Unos hombres se treparon por la empalizada como si fueran monos. El señor Trewlaney y Gray dispararon una y otra vez

hasta que tres cayeron, pero otros cuatro lograron acercarse. La cabeza de John Anderson apareció en una de las rendijas.

–¡A ellos! ¡A ellos! –gritaba con voz de trueno.

Al mismo tiempo, un pirata logró quitarle el mosquete a Hunter y le dio un golpe que lo desmayó, y otro apareció en la puerta y atacó al doctor.

Adentro del fortín había mucho humo, lo que de algún modo nos protegía. Yo escuchaba gritos confusos, disparos, lamentos...

–¡Salgan, muchachos! –gritó el capitán–. ¡Pelearnos afuera!

En medio de la batalla, vi venir a Anderson hacia mí. Rugía como un león. No tuve tiempo de asustarme porque me resbalé y rodé por la arena.

Gray, que me seguía de cerca, derribó al contraamaestre y los demás, con sus machetes, lograron impedir que los piratas entraran al fortín. De los cuatro que habían trepado por la empalizada solo quedaba uno, que consiguió saltar y se perdió en el bosque.

Unos segundos después, el doctor, Gray y yo corrimos a refugiarnos en el fortín. El humo ya se había disipado y nos dimos cuenta de que nuestra victoria había tenido un costo. Hunter estaba desmayado; Joyce había muerto por una herida de bala, y el señor Trelawney sostenía al capitán, uno más pálido que el otro.

–El capitán está herido –dijo Trelawney.

–¿Escaparon? –preguntó el capitán Smollett.

–Algunos lograron escapar. Pero cinco de ellos no volverán a correr más –dijo el doctor.

–¡Cinco! –exclamó el capitán–. Entonces ellos ya son muchos menos. A partir de ahora, la lucha será más pareja.

PARTE V

Mi aventura en el mar

22. Cómo empezó mi aventura en el mar

Los amotinados no volvieron a atacar. Por ese día, la pelea había sido suficiente y nos dejaron tranquilos para atender a los heridos y preparar el almuerzo. De los ocho que habían sido heridos durante la batalla, solo tres habían quedado con vida: uno de los piratas, Hunter y el capitán Smollett. Y el único que logró salvarse fue el capitán, ya que tenía heridas graves pero no peligrosas.

Después de comer, el señor Trelawney y el doctor se sentaron junto al capitán para intercambiar opiniones. Luego de eso, el doctor tomó su sombrero y sus armas, guardó en el bolsillo el mapa del tesoro, saltó la empalizada y caminó rápido hacia los árboles.

—¿Qué hace el doctor Livesey? —preguntó Gray sorprendido—. ¿Se volvió loco?

—No creo —dije yo—. Me parece que va a visitar a Ben Gunn.

Como supe más tarde, tenía razón. Entretanto, en el fortín el calor era insoportable y una idea alocada comenzó a dar vueltas en mi mente: sentí envidia del doctor, que podía caminar bajo la sombra fresca de los árboles, rodeado de pajaritos y el aroma de los pinos, mientras yo estaba allí, sofocado, rodeado de heridos y manchas de sangre.

Mientras lavaba los platos del almuerzo, encontré una bolsa de galletas y me guardé algunas en el bolsillo. Así, di el primer paso hacia mi aventura. Mi idea era encontrar la roca blanca que había visto la tarde anterior y averiguar si allí estaba el bote de Ben Gunn. Pero como sabía que no me iban a dar permiso para hacer algo así, decidí escabullirme sin que nadie me viera. No era la mejor manera de hacerlo, pero, después de todo, yo era solo un niño y me había encaprichado.

Al rato tuve una oportunidad. El señor Trelawney y Gray estaban muy ocupados cambiando los vendajes del capitán y no había nadie a la vista. Salté con agilidad la empalizada y corrí hacia el bosque. Esta era mi segunda travesura, peor que la primera, ya que había dejado solos a los únicos dos hombres sanos que cuidaban el fortín. Sin embargo, mi decisión salvaría a todos una vez más.

Me dirigí rápidamente hacia la costa oriental de la isla. Mientras avanzaba entre los árboles, escuchaba a lo lejos el rumor de las olas marinas y el ruido de las hojas, sacudidas por un viento bastante fuerte. Pronto sentí el aire fresco del mar, salí del bosque y pude ver el agua clara y la espuma a lo largo de la playa. Caminé por la costa hasta que me pareció que ya estaba muy al sur y me metí entre unos arbustos para llegar hasta la piedra. El sol ya se ocultaba detrás de la montaña Catalejo, y la niebla se ponía cada vez más espesa. Si quería encontrar el bote ese mismo día, no podía perder tiempo.

Casi era de noche cuando llegué hasta la roca. Debajo de ella había una pequeña hondonada cubierta de pasto, rodeada de bancos de arena y arbustos. En el medio, había una carpa de piel de cabra que efectivamente cubría la canoa de Ben Gunn. Me pareció muy rústica y mal hecha,

pero liviana y fácil de transportar. Mi idea era navegar hasta la *Hispaniola*, protegido por la oscuridad de la noche, para cortar las amarras y dejarla ir a la deriva. Estaba seguro de que los bucaneros, luego de la derrota de la mañana, pensaban salir de la isla cuanto antes, y mi plan era impedirlo.

Me senté a esperar que anocheciera mientras comía con gusto las galletas. Cuando por fin la Isla del Tesoro quedó a oscuras, salí a tientas de la hondonada. Desde la costa, solo se veían dos luces: una era la gran fogata que habían encendido los piratas cerca del pantano y la otra provenía del barco.

Tuve que navegar por una zona pantanosa, donde me hundí varias veces hasta las rodillas. La verdad es que no sabía manejar bien esa canoa, y se desviaba en todas direcciones menos en la que yo quería ir. Creo que nunca habría llegado a la *Hispaniola* si la marea no me hubiera arrastrado hacia mar abierto.

El barco apareció ante mis ojos primero como una mancha negra, borrosa, y luego sus mástiles y su casco comenzaron a tomar forma. La corriente me empujó hacia la amarra y me agarré fuerte de ella. Un corte de mi navaja era suficiente para soltar la nave, pero hasta ese momento no se me había ocurrido que podía ser peligroso. Si cortaba las sogas, tirantes como la cuerda de un arco, era muy probable que la canoa y yo saliéramos volando por el aire.

Esta posibilidad me dejó paralizado, pero tuve de nuevo buena suerte: un ventarrón empujó la *Hispaniola* hacia la corriente y la amarra se aflojó. Abrí mi navaja con los dientes y logré cortar las sogas. El barco comenzó a girar lentamente y yo remé con todas mis fuerzas hasta la popa para alejarme de él.

Vi que de la popa del barco colgaba una cuerda, y sin pensarlo me agarré fuerte de ella. Cuando me aseguré de que estaba bien sujeto, la curiosidad se apoderó de mí. Me paré en la canoa, lo que por cierto era muy peligroso, y me asomé por una de las ventanas. Apenas vi lo que sucedía a bordo, comprendí por qué nadie se había alarmado por los vaivenes de la embarcación: el timonel Israel Hands luchaba cuerpo a cuerpo con uno de sus compañeros.

El barco navegaba cada vez más rápido hacia el mar abierto, envuelto en olas espumosas que lo sacudían. De repente, la corriente lo arrastró junto con mi canoa y los marineros de a bordo comenzaron a gritar. Pude oír cómo subían corriendo por la escalera y me di cuenta de que habían dejado de pelear al notar que estaban en peligro.

Aterrado, me acosté en la canoa. Estaba seguro de que chocaríamos contra alguna rompiente y ese sería el fin de todos mis problemas. Creo que me quedé así, quieto, durante varias horas. Las olas me empujaban de un lado al otro y la espuma volaba sobre mí. De a poco, me ganó un profundo cansancio. A pesar del miedo que sentía, me quedé dormido. Acunado por el mar, soñé con mi patria y con la vieja posada El Almirante Benbow.

23. Cómo arrié la bandera pirata

Cuando me desperté, ya era de día, y descubrí que estaba al sudoeste de la Isla del Tesoro. Según el mapa, cerca de allí estaba el cabo de los Bosques, un lugar repleto de pinos altos que llegaban hasta la orilla del mar. Decidí dejarme llevar por la corriente e intentar desembarcar allí.



Municipio de
La Matanza

La Matanza  de La Provincia

Necesitaba llegar rápido, porque la sed empezaba a secar mi garganta y a torturar mis pensamientos. Logré acercarme a los árboles pero pronto la corriente me alejó del cabo y vi algo que me hizo cambiar de idea: frente a mí, a menos de media milla, estaba la *Hispaniola* con las velas desplegadas. Estaba seguro de que los piratas iban a atraparme, pero tenía tanta sed que esa idea casi me alegraba. Sin embargo, cuando parecía que venían hacia mí, el viento hizo girar la nave y agitó las velas.

—¡Qué torpes son! —me dije—. Seguro que tomaron tanto ron que todavía duermen.

Si eso era verdad, yo podía intentar subir a la *Hispaniola* y devolvérsela a su capitán. Solo tenía que animarme a remar hasta ahí. Luego de un rato, se presentó la oportunidad. No había viento y la corriente hizo girar la nave sobre sí misma. Quedé frente a la popa. Podía ver la ventana abierta de par en par y una lámpara sobre la mesa, todavía encendida a pesar de la claridad del día.

Estaba casi por llegar cuando volvió a soplar el viento; las velas se desplegaron y el barco se inclinó y rozó el agua como si fuera una golondrina. Primero me desesperé, pero después me puse contento. El barco pasó por el costado de mi canoa, y una ola inmensa me levantó. Sin tiempo de pensarlo demasiado, me puse de pie y di un salto, lo que hundió inmediatamente la canoa. Me aferré a uno de los mástiles y caí a la cubierta. En ese momento escuché cómo el barco chocaba contra la canoa. Eso significaba que ya no tenía cómo escapar.

Al recorrer la cubierta observé que, en efecto, los dos marineros estaban tirados en el suelo. Pensé que se habían matado mutuamente durante la pelea, pero Israel Hands se movió y lanzó un quejido de dolor.

Giró los ojos hacia mí pero estaba demasiado débil para sorprenderse.

–Brandy... –murmuró.

Tenía que actuar rápido, así que fui hasta la popa y bajé por la escalera. Encontré todas las puertas forzadas, el suelo manchado de barro, huellas de manos sucias en las paredes. Decenas de botellas vacías rodaban por el suelo debido al movimiento del barco. Uno de los libros de medicina del doctor estaba abierto sobre una mesa y tenía hojas arrancadas, pues seguramente habían usado el papel para encender las pipas.

Bajé a la bodega y busqué por todos lados hasta que encontré un poco de brandy para Hands, y también tomé unas galletas, frutas secas y un pedazo de queso para mí. Volví con todo eso a la cubierta. Escondí mis provisiones detrás del timón, lejos de Hands, y fui derecho al barril de agua para tomar un largo trago. Enseguida me acerqué al hombre y le ofrecí el brandy.

–¡Esto era lo que necesitaba! –dijo después de tomar casi toda la botella-. ¿Y tú cómo apareciste acá?

–Subí a bordo para apoderarme del barco, señor Hands –le contesté-. Y por favor, a partir de ahora dígame capitán. Lo primero que voy a hacer es bajar la bandera pirata.

De inmediato, arrié esa horrible bandera negra y la arrojé al mar.

–¡Viva el rey! –grité agitando mi gorra-. ¡Este es el fin del capitán Silver!

Hands me miró de reojo, pero con mucho interés.

–Supongo, capitán Hawkins, que quieres ir a tierra... –me dijo-. Pero para eso necesitarás ayuda. Te propongo un trato: tú me das algo de comer y beber, y algún pañuelo

para vendar mi herida, y yo te diré cómo guiar este barco adonde tú quieras.

Me pareció un buen acuerdo. En menos de tres minutos, la *Hispaniola* navegaba con viento a favor a lo largo de la costa de la isla, rumbo a la ensenada del norte. Yo estaba feliz con mi importante rol de capitán y disfrutaba del día soleado y de los diversos paisajes de la costa. Ahora tenía toda el agua que quería y cosas ricas para comer, y la hazaña de recuperar el barco compensaba lo mal que me había portado al abandonar a mis amigos. Lo único que me intranquilizaba era la mirada burlona del timonel y esa sonrisita maliciosa que asomaba con frecuencia en su cara.

24. Israel Hands

El viento soplaba a nuestro favor y nos dirigíamos sin dificultades hacia la ensenada del norte. El timonel me explicó entonces cómo aquietar la nave. Después de intentarlo varias veces, lo logré, y los dos nos sentamos a comer algo.

–Jim, ¿podrías bajar a buscar vino? El brandy es demasiado fuerte para mí en este estado –me dijo Hands.

Era difícil de creer que ese hombre no quisiera tomar brandy. Estaba seguro de que eso era un pretexto para sacarme de la cubierta, aunque no sabía cuál era su plan. Evitaba mirarme a los ojos y sonreía de una manera extraña. Hasta un chico podía darse cuenta de que algo tramaba.

–Está bien –le dije–. Voy a buscar el vino. Quizás tarde un rato en encontrarlo.

Bajé haciendo mucho ruido por la escalera de la cabina, y luego me saqué los zapatos, corrí por el pasillo y subí por la proa. Espié escondido detrás de un toldo.

Descubrí que mis sospechas eran ciertas. Aunque le costaba mucho moverse, Hands se arrastró hacia babor con ayuda de sus manos y tomó un cuchillo escondido dentro de un rollo de cuerda. Ahora yo sabía que podía moverse y estaba armado. Claramente, pensaba atacarme.

De todas maneras, me sentía a salvo por el momento, ya que a los dos nos convenía llegar a destino. Apenas recorrimos unas millas cuando la costa arbolada de la ensenada del norte apareció ante nosotros. Era una entrada larga y angosta, parecida a la desembocadura de un río.

–Mira allá –dijo Hands señalando un barco abandonado, cubierto de algas y raíces de plantas–. Ese es el mejor sitio para anclar la nave. La arena es lisa, hay árboles y hasta flores en ese viejo barco. Parece un jardín.

Con la guía de Hands, manejé el timón de la *Hispaniola* y me dirigí hacia la costa. Estaba tan emocionado con las últimas maniobras que me olvidé del peligro que corría. De pronto, algo hizo que reaccionara, quizás un ruido o mi intuición, y al darme vuelta encontré a Hands con el cuchillo en la mano derecha. Los dos gritamos al mirarnos a los ojos: yo, por el susto, y él con toda la furia. Solté el timón y logré escapar del rincón donde me tenía acorralado, aunque no tenía muchas esperanzas de salir con vida.

De repente, la *Hispaniola* chocó con la arena, se inclinó hacia babor y todo se inundó. Hands y yo caímos al suelo y rodamos. A pesar de que me golpeé fuerte, fui el primero en ponerse de pie. Tan rápido como pude, me tomé de una

cuerda y trepé por uno de los palos. Sentado allí, lejos del peligro, preparé mi arma.

Esto sorprendió a Hands, que comenzó a trepar por la cuerda arrastrando su pierna dolorida.

–No te acerques, o dispararé –exclamé.

Se detuvo de inmediato.

–Supongo que me venciste –dijo–. Lo mejor es que hagamos las paces.

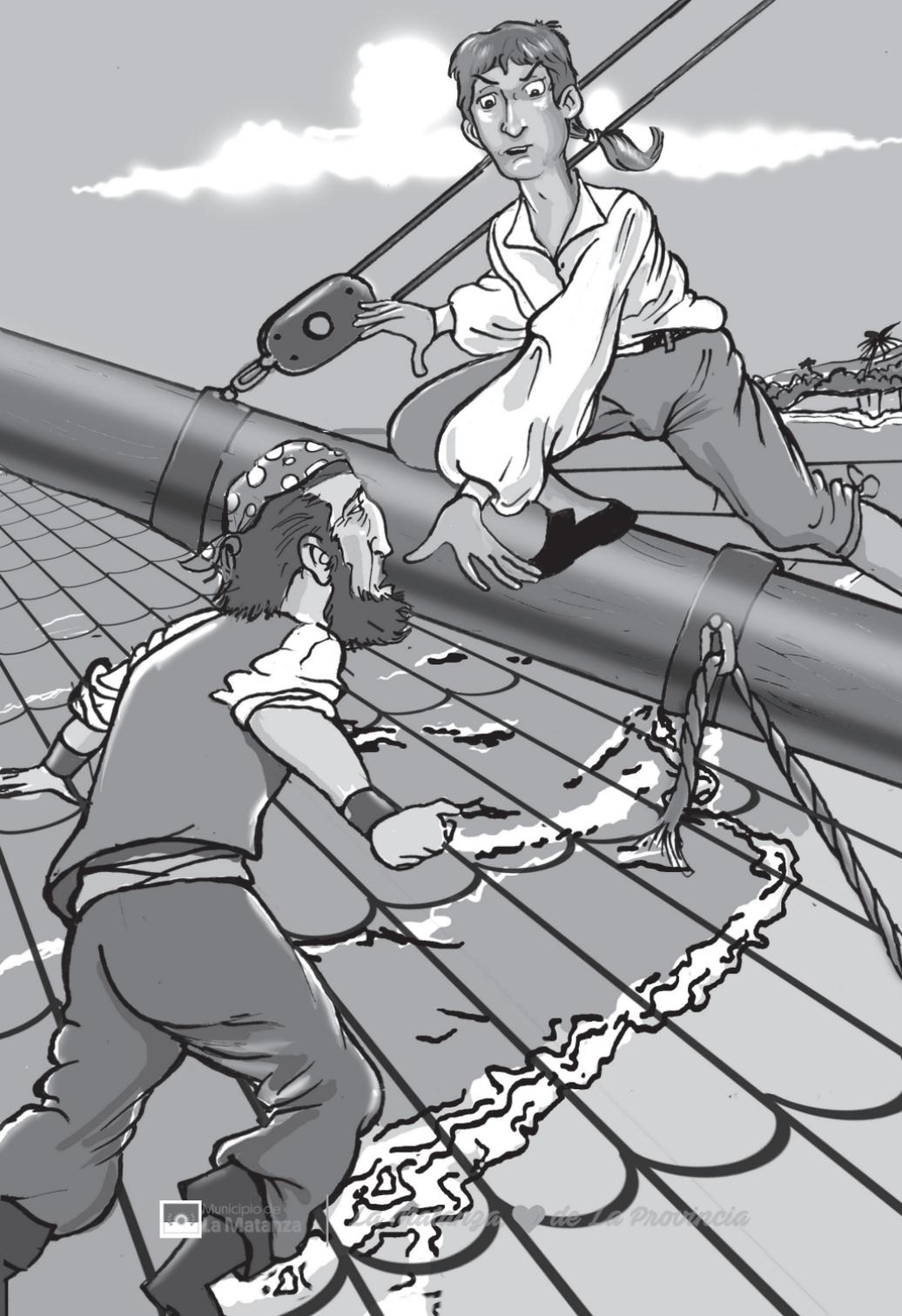
Escuchaba sus palabras con alivio, cuando de pronto levantó la mano y algo vino hacia mí, silbando como una flecha. Sentí un pellizco del cuchillo en el hombro y mi camisa quedó clavada al palo. A causa del dolor y la sorpresa, el arma resbaló de mis manos y se disparó.

Con un grito ahogado, Israel Hands se soltó de la soga y cayó de cabeza al agua.

25. Piezas de a ocho

Apenas pude zafarme del cuchillo que clavaba mi camisa al palo, bajé a cubierta por las cuerdas de estribor y me limpié la herida, que por suerte no era profunda ni peligrosa. El sol se estaba ocultando y sentí frío. La marea bajaba rápidamente y el barco estaba cada vez más inclinado.

Me deslicé en cuatro patas hasta la proa y me asomé. El mar no parecía tener mucha profundidad, así que salté. En efecto, el agua apenas me llegaba a las rodillas y la arena era firme. Corrí con alegría hacia la costa; por lo menos, había logrado desembarcar y seguramente el capitán Smollett me felicitaría por haber recuperado la *Hispaniola*.



Municipio de
La Matanza

de la Provincia

Con estos pensamientos y de buen humor, emprendí mi camino hacia el fortín. Pasé por el lugar donde me había encontrado con Ben Gunn y seguí avanzando con cuidado, mirando para todos lados. La luz de la luna ya bañaba los claros del bosque cuando apareció ante mí un resplandor que brillaba con fuerza entre los pinos; era rojo y ardiente, como llamaradas de fuego. No sabía de qué se trataba.

Al llegar al fortín descubrí los restos de una fogata. No pude ver a nadie ni escuchar ruidos, salvo el murmullo del viento. Me detuve asombrado y a la vez asustado. Mis amigos no solían hacer fogatas tan grandes; de hecho, el capitán aconsejaba usar la leña de a poco. ¿Y si había sucedido algo malo en mi ausencia?

Trepé por la empalizada y, sin hacer ruido, caminé en cuatro patas hasta la cabaña; sentí un gran alivio al escuchar ronquidos. Entré a oscuras con la idea de acostarme a dormir en mi sitio, para ver las caras de sorpresa que pondrían los demás al encontrarme ahí por la mañana. Pero cuando uno de mis pies tropezó con la pierna de alguien, una voz aguda interrumpió el silencio.

–¡Piezas de a ocho! ¡Piezas de a ocho! –gritaba el loro de Silver sin parar.

Antes de que pudiera reaccionar, el grito ensordecedor del loro despertó a todos.

–¿Quién está ahí? –gritó Silver.

Traté de correr pero uno de los bucaneros me agarró con fuerza.

–Busca una antorcha, Dick –dijo Silver.

Uno de los hombres salió del fortín y volvió con una vela encendida.

PARTE VI

El capitán Silver

26. En el campo enemigo

Mis peores pesadillas se hicieron realidad: los seis bucaneros que quedaban se habían apoderado del fortín y de los víveres.

–¿Viniste a visitarnos, Jim? –preguntó Silver–. ¡Qué amable! Siempre dije que eres un chico muy inteligente, valiente, igualito a mí cuando era joven. Lástima que no estés de nuestro lado; aunque me parece que ahora no tienes otra opción. El capitán Smolett es muy estricto, así que te aconsejo que te mantengas alejado de él. Y el doctor dijo que eres un desagradecido, así que ya no quiere verte. Parece que te has quedado solo. ¿Quieres unirte a nosotros? Puedes responder con total libertad.

–Antes de contestar, tengo derecho a saber por qué ustedes están acá y dónde están mis amigos –respondí con cierta audacia.

–Claro, señor Hawkins –me dijo Silver con tono amable–. Ayer a la mañana el doctor Livesey se acercó con la bandera de tregua y me dijo: “Capitán, lo han traicionado. El barco ya no está”. Ninguno de nosotros se había dado cuenta hasta ese momento, pero ¡era verdad! ¡No estaba! Entonces, el doctor me ofreció todas las provisiones, la leña, el lugar y hasta el mismísimo barco. Negociamos y luego se marcharon. No sé dónde están. Eso sí, me dijo

que no querían saber nada de ti, que estaban cansados de tus travesuras.

–Bueno –dije–, no soy tonto y sé lo que me espera. Pero antes tengo algo que decirles: ustedes están en serios problemas; han perdido el barco, el tesoro y a muchos de sus hombres. Y si quieren saber quién es el responsable de todo eso, se los diré: ¡yo! Yo estaba en el barril de manzanas la noche que avistamos tierra, y oí lo que tramaban y corrí a contarlo. Y en cuanto al barco, lo dejé en un lugar que ninguno de ustedes descubrirá. Como verán, no me asustan. Son tan inofensivos para mí como una mosca.

–Falta algo –dijo un viejo marinero llamado Morgan–. Fue él quien reconoció a Perro Negro en la posada de Bristol.

–Y otra cosa –agregó Silver–. Este chico robó el mapa de Billy Bones. ¡Arruinó todo desde el principio!

–Entonces, ¿qué esperamos? ¡A él! –exclamó Morgan.

–¡Alto! No lo toquen –gritó Silver–. El capitán soy yo. No te atrevas a desafiarme, Tom Morgan.

–Yo apoyo a Morgan –dijo uno.

–No quiero recibir más tus órdenes, Silver –añadió otro.

–El que no quiera hacerme caso, tendrá que enfrentarse conmigo. Este muchacho me cae bien y nadie le pondrá una mano encima mientras yo siga siendo el capitán. Es más maduro que muchos de ustedes.

Después de estas palabras, hubo un largo silencio. Yo estaba erguido, apoyado contra una pared. Mi corazón golpeaba mi pecho como un martillo, pero aún tenía esperanzas. Los hombres se reunieron en una esquina del fortín y su conversación llegaba hasta mis oídos como el murmullo continuo de un arroyo.

–Si tienen algo para decir, díganlo ahora o cállense –los desafió Silver.

–Como tripulación, tenemos nuestros derechos –dijo uno–. Saldremos a celebrar un consejo. Con tu permiso.

Y con un saludo respetuoso, el marinero salió del fortín. Los demás lo imitaron; cada uno saludó a Silver al pasar y le pidió disculpas.

–Escucha, Jim –me dijo Silver cuando nos quedamos a solas–. Pase lo que fuere, estoy de tu lado. No pensaba hacerlo, pero hablaste con mucha valentía. Yo te defenderé, pero luego tú deberás hacer lo mismo ante el tribunal en Inglaterra. Eres mi última esperanza.

–¿Quiere decir que todo está perdido? –pregunté.

–¡Claro que sí!... Trataré de salvarte la vida, y tú evitarás que me ahorquen. Desde este momento estoy de parte del señor Trelawney. Sé que llevaste el barco a un lugar seguro. No te haré preguntas ni permitiré que te las hagan. Ahora tomaré un poco de ron, Jim, porque necesito algo fuerte para enfrentar los problemas que nos esperan afuera. Y hablando de problemas... ¿Tú sabes por qué el doctor me dio el mapa? Hay algo raro en todo esto. No sé si es bueno o malo.

Creo que al ver mi cara de asombro se dio cuenta de que no tenía una respuesta. Tomó un trago de ron y sacudió su enorme cabeza, como un hombre que espera lo peor.

27. De nuevo la mancha negra

Ya hacía rato que el consejo de piratas seguía reunido afuera. En eso, uno de los hombres entró al fortín con el

brazo derecho extendido y el puño cerrado. Se acercó a Silver y le dio un papel.

–¡La mancha negra! –exclamó el capitán–. Me lo imaginaba.

–Tal como dice la ley, da vuelta el papel y lee lo que está escrito, John Silver –dijo un hombre alto.

–Gracias, George. Veamos qué dice... ¡Ah! “Destituido”. Ya que hablas de la ley, aún soy su capitán. Hasta que no expongan sus quejas y yo responda, este papel no vale nada.

–Primero, arruinaste el viaje –respondió George–. Segundo, dejaste salir a los enemigos de aquí sin pedirles nada. ¿Por qué? No lo sabemos. Tercero, no nos dejaste atacarlos mientras se iban. Tú juegas para los dos bandos, Silver. Y en cuarto lugar, defiendes a este mocoso.

–¿Dices que yo arruiné el viaje? Si hubieran hecho lo que yo quería, ahora estaríamos a bordo de la *Hispaniola*, con buena comida y el tesoro en la bodega. ¿Quiénes se opusieron? Pues Anderson, Hands y tú, George. En cuanto a este muchacho, ¿no es nuestro rehén acaso? ¿Van a desperdiciar un rehén? Yo no lo haría. Con respecto al tercer punto, ¿no les parece importante que nos atienda un doctor, que estudió en la universidad? John tiene una herida en la cabeza, y tú, George, tuviste fiebre y ahora tus ojos están más amarillos que un limón. ¿Saben que vendrá un barco de auxilio? Veremos si les parece tan mala idea tener un rehén cuando llegue... Y en cuanto al punto dos, ¡por esto lo hice!

Silver tiró al suelo un papel que reconocí enseguida: el mapa del tesoro. No podía entender por qué el doctor se lo había dado. Los amotinados se lanzaron sobre el papel como gatos que quieren atrapar un ratón.

–Muy lindo el mapa, ¿pero cómo vamos a escapar con el tesoro si no tenemos barco? –preguntó George.



Municipio de
La Matanza

La Matanza,  de La Provincia

–Me cansé de tus insolencias –le advirtió Silver–. Tú y los demás deberían explicar cómo se perdió esa nave. Y a partir de ahora me hablarás con respeto.

–Creo que Silver ha dado buenas razones –dijo el viejo Morgan.

–Por supuesto –respondió el cocinero–. George perdió el barco, mientras que yo encontré el mapa del tesoro. ¿Quién es mejor de los dos? ¡Elijan a su capitán!

–¡Silver! –gritaron a coro–. ¡Barbacoa es el capitán, por siempre!

Me costó mucho dormir esa noche. No podía dejar de pensar en todas las aventuras del día, en el peligro que corría y en la extraordinaria habilidad de Silver para intentar dirigir a sus hombres y al mismo tiempo hacer todo lo posible y lo imposible por salvar su miserable vida.

28. Palabra de honor

Me desperté junto con los demás y vi, con alegría y cierta preocupación, que se acercaba el doctor.

–¡Buenos días, doctor! –saludó Silver de buen humor–. Tengo una sorpresa para usted: hay un pequeño huésped entre nosotros.

–¿Tienen a Jim? –dijo el doctor con voz entrecortada–. Bien. Primero el deber y luego el placer. Examinaré a los pacientes.

Un momento después entró al fortín como si estuviera visitando a una familia inglesa.

–La herida está mucho mejor –le dijo al que tenía una venda en la cabeza–. ¿Y usted cómo se siente, George? ¿Tomó el remedio que le dejé?

–Sí, señor, lo tomó –contestó Morgan.

–Bien –dijo el doctor–, ahora me gustaría hablar con Jim.

–Jovencito, ¿me das tu palabra de honor de que no escaparás? –me preguntó Silver a pesar del desacuerdo de los demás.

Con mucho gusto le di mi palabra.

–Entonces, doctor –siguió Silver–, cruce la empalizada y Jim se quedará de este lado. Podrán hablar a través de los troncos.

Los piratas explotaron apenas se fue el doctor. Acusaron a Silver de traidor. Él los insultó y les explicó, con el mapa en la mano, que no podían romper la tregua justo el mismo día en que saldrían del fortín en busca del tesoro. Luego, me acompañó con tranquilidad hasta donde el doctor nos esperaba y retrocedió un poco para dejarnos hablar.

–Jim –me dijo el doctor con tristeza–, esto es lo que te buscaste. ¿Cómo pudiste abandonar al capitán Smollett?

Tengo que confesar que al escuchar esto me puse a llorar.

–No me rete, doctor –supliqué–. Estoy arrepentido y mi vida corre peligro... Si no fuera por Silver, ya estaría muerto.

–No te pongas así, muchacho. Vamos, salta y nos iremos corriendo.

–Le di mi palabra de honor a Silver de que no escaparía. Si me pasa algo, doctor, tiene que saber que recuperaré el barco y ahora está en una playa del sur de la ensenada del norte.

–¡El barco! Parece que siempre terminas salvando nuestras vidas. Descubriste el complot, encontraste a Ben Gunn... Y hablando de ese hombre.... ¡Silver! –gritó–. No debe apurarse a buscar el tesoro.

–Estoy haciendo todo lo posible –contestó el cocinero–, pero si quiero salvar mi vida y la de este muchacho, no tengo más remedio que ir a buscarlo.

–Le prometo que si logramos salir los dos de esta trampa –dijo el doctor–, haré todo lo posible para salvarlo. Cuide al muchacho. Voy a buscar ayuda. Hasta luego, Jim.

El doctor Livesey me dio la mano a través de la empalizada, saludó a Silver y se marchó.

29. La búsqueda del tesoro: la pista de Flint

En ese momento, un hombre nos avisó que el desayuno estaba listo y nos sentamos en la arena a comer galletas y panceta frita. Luego, con provisiones para el mediodía, nos dirigimos hacia la playa, donde estaban los botes. Mientras remaban, los bucaneros discutían sobre el sentido de la pista escrita en el mapa. Como podrán recordar, lectores, decía algo así: “Árbol alto, al pie del Catalejo. En dirección NNE un cuarto al norte. El Islote del Esqueleto ESE y un cuarto al este. Diez pies”.

Después de un largo viaje, desembarcamos en el paraje de un río que corría por uno de los barrancos de la montaña Catalejo, y comenzamos a subir la pendiente hacia la meseta. Ya habíamos avanzado media milla cuando el viejo Morgan se puso a gritar. Descubrimos que al pie de un pino muy alto había un esqueleto humano con algunos huesos sueltos. Por un momento a todos se nos heló la sangre.

–No es raro encontrar un esqueleto aquí, ¿qué esperaban? –dijo Silver–. Lo que no entiendo es por qué hay huesos fuera de su lugar.

En efecto, al mirarlo con más atención, era notorio que sus pies apuntaban en una dirección, y sus manos, estiradas por encima de su cabeza, en la opuesta.

Silver sacó su brújula y ordenó que siguiéramos la línea de los huesos. Así se hizo. Los huesos apuntaban hacia el Islote del Esqueleto y la brújula señalaba con claridad ESE y un cuarto al este.

–Tal como sospechaba –dijo el cocinero–. Los huesos indican el camino. En esa dirección está nuestro querido tesoro. ¡Qué broma de mal gusto la de Flint! Mató a ese pobre hombre y lo trajo hasta aquí como una señal... Si ese capitán estuviera vivo, compañeros, este lugar sería muy peligroso para nosotros.

–Yo sé que Flint está muerto y en el fondo del mar –dijo el de la venda–, pero si por acá hay algún espíritu, seguro que es él.

Para que los marineros enfermos pudieran descansar, nos sentamos apenas llegamos a lo alto de la meseta. De repente, escuchamos una voz temblorosa entre los árboles que comenzó a cantar: “Sobre el cofre del muerto, quince hombres son. ¡Ah, ja, ja, y la botella de ron!”.

Nunca vi hombres tan asustados. Algunos se pararon, otros se abrazaron; Morgan entró en pánico.

–¡Es Flint! –gritó George Merry.

–Seguro que es alguien que quiere hacernos una broma –explicó Silver.

–¡Darby, trae más ron! –dijo la voz con un gemido lastimero.

–¡Eso fue lo último que dijo Flint antes de morir! –gruñó Morgan–. Es su espíritu.

–A mí me pareció una voz conocida... –dijo Silver–. ¡Ya sé! ¡Es la voz de Ben Gunn!

–Eso no cambia las cosas –agregó Dick–. Ben Gunn tampoco está aquí en carne y hueso.

–No importa si Ben Gunn está vivo o muerto –gritó George–. A él nadie le tiene miedo.

Un poco más animados, los piratas comenzaron a caminar hacia el noroeste de la isla, cada vez más cerca de una de las pendientes del Catalejo. Al encontrarse tan cerca del tesoro, Silver había cambiado su actitud. Estaba agotado, fastidioso y ya no disimulaba sus pensamientos y me miraba con furia. A esa altura, yo creía que apenas encontraríamos el oro olvidaría sus promesas.

Nos encontrábamos ahora frente a una zona de matorrales, y los piratas que iban adelante comenzaron a correr. De repente, vimos que se detenían y se oyó un grito angustiado.

Delante de nosotros había una gran excavación, y adentro se veían los tablones rotos de varias cajas de madera. Uno de esos tablones tenía grabada la palabra “Morsa”, el nombre del barco de Flint. Era obvio que alguien había descubierto el escondite y el tesoro había desaparecido.

30. El final

Silver no perdió la calma, volvió a mirarme como si fuéramos amigos y me dio un arma a escondidas.

–Prepárate para lo que sucederá –me susurró al oído.

Los bucaneros saltaron dentro del hoyo y escarbaron con las manos. Morgan encontró una moneda de oro y rugió:

–¡Esto es todo lo que encontramos, Silver! Eres un ignorante que no sabe hacer tratos, o sabías esto desde un principio y nos engañaste...



Matan... Provincia

Todos comenzaron a salir del hoyo y se pararon frente a Silver y a mí. Silver ni siquiera se movía. Los miraba desafiante apoyado en su muleta.

Cuando los hombres estaban listos para atacarnos, sonaron tres disparos. Merry y el hombre de la venda resultaron heridos. Los demás salieron corriendo y se perdieron de vista en el monte.

Al mismo tiempo, el doctor, Gray y Ben Gunn aparecieron entre los árboles con sus mosquetes humeantes.

–Muchas gracias, doctor –dijo Silver sin aliento–. Llegaron en el momento justo. ¡Ben Gunn! No puedo creer que seas tú el que me ha engañado...

Volvimos a la playa donde estaban los botes y el doctor nos resumió lo que había pasado. Ben Gunn había encontrado el esqueleto durante sus largos paseos por la isla y descubrió el tesoro. De a poco lo trasladó desde el pie del pino hasta una cueva. Cuando el doctor logró que Ben le confiara su secreto, le entregó a Silver el mapa, que ya no servía para nada, y le dejó las provisiones porque en la cueva había una gran cantidad de carne de cabra salada. Esa mañana, al saber que yo iba a sufrir el enojo de los piratas cuando no encontraran el tesoro, Ben había simulado la voz de un fantasma para que Gray y el doctor pudieran llegar antes y preparar una emboscada.

–Tuve suerte de que el joven Hawkins estuviera conmigo, doctor –dijo Silver–. Si no, usted habría dejado que esos hombres acabaran conmigo sin dudar.

–Sin dudar –respondió el doctor sonriente.

Luego de este relato, el doctor destruyó uno de los botes con un machete y todos nos embarcamos en el otro para navegar hasta la ensenada del norte. No tardamos en llegar

al sudeste de la isla y pudimos ver la entrada de la cueva de Ben Gunn y al señor Trelawney que nos saludaba agitando su pañuelo.

Cuando llegamos a la cueva, Trelawney me recibió con afecto y no dijo una palabra sobre mi fuga. Al recibir un saludo de Silver, sin embargo, se enfureció.

–Me han pedido que no lo denuncie a la justicia y no lo haré, Silver. Pero no quiero verlo cerca. ¡Aléjese! –gritó Trelawney.

Esa noche cené en la cueva rodeado de mis amigos. Todos nos sentíamos felices. En un rincón, los destellos de la fogata iluminaban la montaña de monedas y lingotes de oro. Silver, que comió apartado, volvió a ser el marinero servicial que conocimos en Bristol.

Durante varios días nos ocupamos de trasladar el tesoro a bordo de la *Hispaniola*, de juntar agua y el resto de la carne de cabra. No habíamos vuelto a ver a los tres piratas fugitivos y decidimos dejarlos en la isla con una buena cantidad de pólvora, carne de cabra salada, remedios y algunas herramientas.

Por fin, una buena mañana, partimos desde la ensenada del norte. Hacia el mediodía habíamos dejado atrás la Isla del Tesoro. Dirigimos la proa hacia la costa de América Latina, ya que no podíamos hacer un viaje largo sin una tripulación completa.

Por la noche, desembarcamos en un precioso golfo y bajé a tierra con el señor Trelawney y el doctor. Enseguida nos rodearon botes de negros, indígenas y mestizos que vendían frutas y legumbres. Cuando volvimos a bordo, de madrugada, Ben Gunn nos confesó que Silver se había escapado en bote hacia la costa con una bolsa de monedas, y

que él lo había visto todo pero no lo detuvo para librarnos de ese criminal. Creo que todos nos sentimos aliviados de perder de vista a Silver a tan bajo costo.

Para terminar esta historia diré que cada uno de nosotros recibió una parte del tesoro. El capitán Smollett se retiró. Gray ahorró su dinero, estudió, se compró un barco e incluso se casó y tuvo hijos. En cuanto a Ben Gunn, se gastó su fortuna en menos de dos semanas y, cuando volvió a mendigar un poco de dinero, se convirtió en el nuevo guardián de la hacienda del señor Trelawney. De Silver nunca más tuvimos noticias. Supongo que se reunió con su esposa y vive tranquilo con ella y su capitán Flint.

Todavía quedan lingotes y armas en el lugar donde Flint los escondió, pero nada ni nadie conseguirían hacerme volver a esa maldita isla. Aún tengo pesadillas en las que vuelvo a escuchar el rugido de las olas al chocar contra las rocas, y cuando me levanto sobresaltado la voz aguda del loro grita en mis oídos: “¡Piezas de ocho! ¡Piezas de a ocho!”.

FIN

Este libro se termino de imprimir
en el mes de enero de 2020 en Casano Gráfica,
Ministro Brin 3932, Remedios de Escalada,
Buenos Aires, República Argentina..



MIS LIBROS
DE SEXTO

